



FUNDANDO PUEBLOS

FARMACÉUTICOS PIONEROS QUE ACOMPAÑARON LA FUNDACIÓN DE PUEBLOS Y CIUDADES ARGENTINAS

EN HOMENAJE A LA PROFESIÓN FARMACÉUTICA ARGENTINA

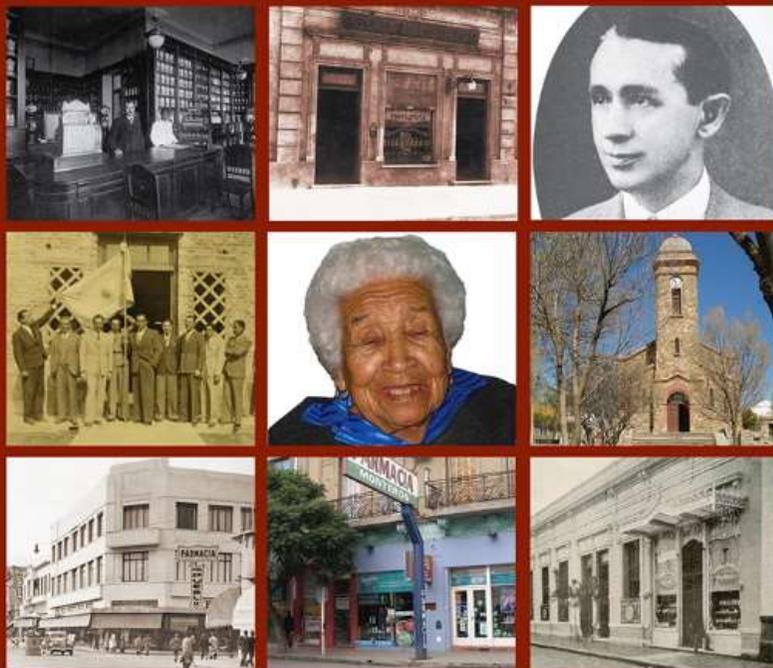


Con el auspicio de la
Confederación
Farmacéutica Argentina

M&E 
LABORATORIOS MÓRBERRAT Y ECLAIN S.A.

**HISTORIA DE LA FUNDACIÓN DE
PUEBLOS Y CIUDADES DE LA
REPÚBLICA ARGENTINA Y DE LOS
FARMACÉUTICOS PIONEROS QUE
ACOMPAÑARON SU FUNDACIÓN**

EN HOMENAJE
A LA PROFESIÓN
FARMACÉUTICA
ARGENTINA



SUMARIO

05 - Editorial

SAN SALVADOR DE JUJUY

06 - Una historia de más de dos siglos

11 - Intentos de organización

13 - Droguería y Farmacia del Pueblo

16 - Historias que se entrecruzan

19 - Otras pioneras

20 - Datos históricos

LA QUIACA

22 - Boticarios que hicieron historia en la puna jujeña

26 - Cuidado que viene el diablo

30 - Mi hijo también va a ser doctor

36 - Una canción transformada en himno

37 - Datos históricos

BAHÍA BLANCA

38 - De las boticas del territorio indígena al desarrollo de la gran ciudad

45 - Primeros boticarios

54 - Varias farmacias centenarias

58 - Datos históricos

60 - Bibliografía y agradecimientos

QUIÉNES HACEN "FUNDANDO PUEBLOS"

Investigación histórica, redacción de artículos y edición

María Masquelet y Ricardo López Dusil.

María Masquelet es periodista y profesora en Letras (Universidad de Buenos Aires).

Se dedica a asesorar, capacitar y producir material escrito para empresas. Durante 18 años trabajó en el diario La Nación, donde fue la editora del suplemento Empleos entre 1997 y 2006. También ejerció la docencia universitaria.

Ricardo López Dusil ejerce el periodismo desde 1977.

Ha trabajado durante 22 años en el diario La Nación, de los cuales los últimos 12 años se desempeñó como editor de Internacionales. Colabora en diversos medios nacionales y extranjeros.

Es autor del libro "Todos bajo un mismo cielo -diálogo entre las culturas católica, judía y musulmana" (Edhasa, 2005).

Diseño Gráfico

Guillermo Tornay

Guillermo Tornay es egresado de Bellas Artes.

Desde hace más de 30 años se ha especializado en diseño gráfico. En 1990 decidió radicarse en España donde ha desarrollado una exitosa carrera profesional.

Colaboró en la diagramación y armado de originales: Inés Vasini

Fotografías actuales

Ricardo López Dusil / María Masquelet

Impresión

Imprenta Alfa Beta

Idea, desarrollo, producción general y patrocinio

LABORATORIOS MONSERRAT Y ECLAIR S. A.

Publicación periódica de entrega gratuita distribuida por

LABORATORIOS MONSERRAT Y ECLAIR S. A.

Virrey Cevallos 1623/25/27 C1135AAI

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

República Argentina

Teléfonos y Fax (011) 4304-4624 y líneas rotativas

LABORATORIOS MONSERRAT Y ECLAIR S.A.

se reserva el derecho de publicar gratuitamente todo material que reciba en forma espontánea. El material recibido queda en poder de la empresa salvo acuerdo específico sobre la utilización del mismo.

En caso de reproducción total o parcial debe mencionarse su origen y a LABORATORIOS MONSERRAT Y ECLAIR S.A.

EDITORIAL

Hace casi 10 años Laboratorios Monserrat y Eclair comenzaba a editar Fundando Pueblos. Para quienes tenemos el privilegio de participar en el proyecto, desde la investigación histórica y la redacción de los artículos, la idea era todo un desafío: el tema nos resultaba ajeno, alejado de todo cuando habíamos hecho hasta entonces. ¿Escribir sobre boticas, morteros, medicamentos? ¿Indagar en libros recetarios? ¿Desentrañar documentos casi ilegibles? ¿Qué podía tener de atractivo todo ello? ¿A quién podría interesarle? Ante la indecisión, nos propusieron hacer una prueba. Elegimos Cañuelas. Alguien nos puso en contacto con un cultísimo y saludable viejito que vivía solo en una casa modesta hasta la tristeza: Alberto "Beto" Picaza, un personaje que ya no está pero que no olvidamos. Y que ayudamos a que otros tampoco lo olviden. Picaza estuvo reacio a hablar del pasado. Decía que no tenía nada interesante para contar, ni de él ni de su padre, uno de los primeros boticarios de Cañuelas. Pero recordaba. Recordaba la instalación del primer farol del pueblo, ubicado en la esquina de la botica; recordaba la pianola que el "gallego" López había instalado en el bar y cómo descubrió allí, en su primera infancia, el amor por la música lírica; recordaba a esos paisanos llegados a caballo de pueblos vecinos para buscar el alivio de dolores propios y ajenos; recordaba a su padre en el laboratorio y ese olor indescifrable que flotaba en el ambiente. Recordaba, en definitiva, la aventura de la vida.

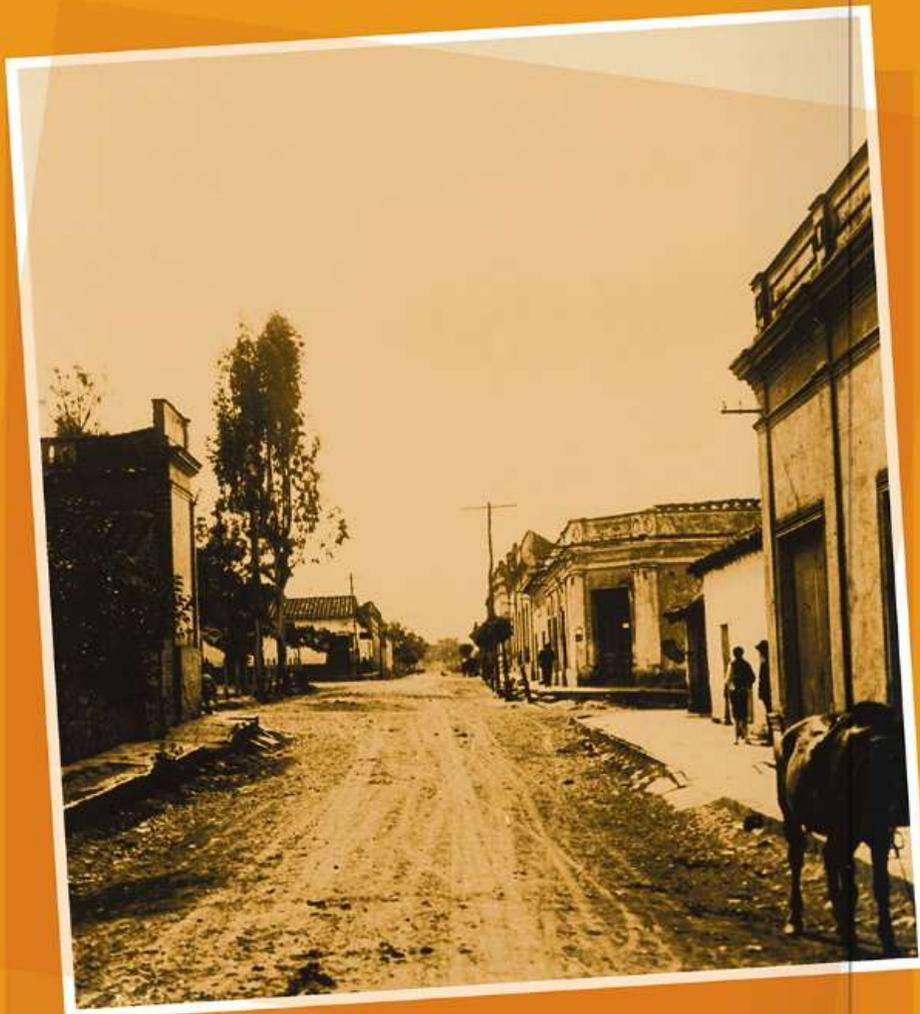
Es imposible no volver a ver a Picaza en su bicicleta pedaleando trabajosamente hasta la plaza San Martín, donde buscaba un banco soleado que le diera la luz necesaria para poder leer La Nación. Ropa raída, anteojos con las patillas pegadas caseramente, la infaltable gorra de felpa. Después de eso, dijimos que sí, que hablaríamos de esos personajes -a veces notables, a veces un poco locos, casi siempre abnegados-. Y aparecieron desde entonces incontables historias de vida. En pueblos pequeños y en grandes ciudades. ¿Cómo olvidar a la encantadora Yofí, viuda del farmacéutico Raúl Rébori, de Gualeguaychú, que había recopilado múltiples historias de la vieja Botica del Indio -luego Farmacia Rébori- que compartió generosamente entre masitas? ¿Y las "chicas" Errasquin, esas hermanas que se desternillaban de risa contando las anécdotas de su padre, Cecilio Errasquin, farmacéutico y verdadero genio del humor de Rosario del Tala? ¿Y Rosita Cerrí, esa joven farmacéutica que jugaba a la rayuela en la vereda de su farmacia de Mar del Plata? ¿Y el emocionado relato del farmacéutico Herman Elias, hijo de un pobrísimo inmigrante árabe instalado en La Quiaca?

Han pasado por estas páginas muchas historias de vida, imposibles de citar en pocas líneas. En esos relatos está implícito el reconocimiento que Monserrat y Eclair ha querido hacer a todos los profesionales de la salud, en especial a los farmacéuticos.

Desde el punto de vista histórico, es insoslayable reconocer la obra notable del rosarino Francisco Cignoli, el historiador más importante de la actividad, así como la de otros valiosos investigadores que siguieron su camino. Pero desde la aparición de la Historia de la farmacia argentina, en 1953, no había habido esfuerzos -desde el ámbito privado- tan serios y sostenidos como la publicación de Fundando Pueblos. La búsqueda histórica requiere de tiempo, paciencia, perseverancia, compromiso y por supuesto, recursos. Pero sería inútil sin la presencia de los lectores. Esperamos que esta nueva edición siga teniendo el eco de las anteriores. Y que sigan estando allí para las que están por venir.

María Masquelet / Ricardo López Dusil

San Salvador de Jujuy



Una historia de más de dos siglos

En los primeros años del siglo XIX, Jujuy prometía tiempos de prosperidad para los aproximadamente 20.000 habitantes que tenía en toda su jurisdicción. La industria minera y un creciente intercambio comercial con el sur y el Alto Perú auguraban una buena situación económica para los pobladores. Con el conocimiento de esta realidad debe de haber llegado a San Salvador, en 1809, José María Todd, un farmacéutico de origen escocés, que había arribado unos años antes al Virreinato del Río de la Plata, desde Boston, Estados Unidos, junto con el médico Roberto Martín Miln.

Estos dos profesionales habían puesto juntos una botica en la capital de Tucumán y luego se trasladaron a Salta, donde Todd instaló otra. Además, allí se casó con Thomasa Toledo Pimentel y formó una familia que quedaría definitivamente ligada a la región, ya que su hijo José María sería más tarde tres veces gobernador de esa provincia. Pero Todd era un hombre inquieto y, a pesar de estar instalado en Salta, se fue a la vecina ciudad de San Salvador de Jujuy para establecer la que se considera la primera botica de la provincia, en 1809.

Apenas un año después de la fundación del establecimiento de Todd, se produjo la Revolución de Mayo y la Primera Junta determinó la necesidad de enviar expediciones para auxiliar a las provincias, con el objetivo de propagar la revolución en todo el territorio e imponer su autoridad frente a la resistencia realista que se avecinaba. Así, en julio de ese mismo año, partió hacia el Norte una expedición con más de 1.000

hombres, al mando de Francisco Antonio Ortiz de Ocampo. Cumplido su cometido en Córdoba, el ejército siguió rumbo al Alto Perú, ahora comandado por Antonio González Balcarce y con Juan José Castelli como representante de la Junta.

Ese primer ejército patriota llevó como boticario del cuerpo de sanidad a Sixto Molouny, profesor de Farmacia y facultativo de Medicina, que bajo las órdenes de Juan Madera, líder de esa unidad sanitaria, participó en las batallas de Suipacha, Huaqui, Tucumán, Salta, Vilcapugio y Ayohuma, hasta que en 1821 se afincó en Jujuy, donde se desempeñó como médico.

Lágrimas de "Santa Lucía"
 Para el tratamiento del ojo de Ojo.

CUIDADO con los falsos medicamentos que se venden en las farmacias de la zona.

COMPRESAS de azúcar con el extracto de la planta de Santa Lucía.

No se venden al menudeo
 Espere la marca de fábrica registrada

En venta en todas las farmacias
 Depósito: Dirección del Pueblo de P. G. Civetta

Aviso publicado en El Día del 2 de enero de 1919.

A pesar de que los profesionales de los ejércitos tenían su propia botica, los medicamentos y los elementos necesarios para enfrentar los problemas de sus integrantes nunca eran suficientes. Por ese motivo, cuando el Ejército Auxiliar del Perú pasó por San Salvador recibió como donación la mayor parte de los remedios que poseía José María Todd. Es probable que el farmacéutico escocés haya regresado definitivamente a Salta en ese mismo año o poco después, ya que la prosperidad de San Salvador duraría poco.

En mayo de 1812, el pueblo jujeño asistió con esperanza a la llegada del general Manuel Belgrano. Veía en él y en el Ejército del Norte que comandaba la solución ante una inminente invasión realista. Según los relatos tradicionales, el comandante patriota se alojó en una sencilla casa de adobe, con un gran altillo, ubicada en la esquina de las actuales calles Belgrano y Senador Pérez. Allí se abocó a reorganizar sus fuerzas y contó para esto con un



Ángel Civetta (centro) y colaboradores.

fuerte apoyo de la población. Pero, al poco tiempo, recibió la orden de Buenos Aires de replegarse hacia Córdoba y no dejar nada para beneficio del invasor. De esta manera, el 23 de agosto, la población abandonó la ciudad con todas las pertenencias que pudo transportar, mató los animales que no podía llevar en la partida e incendió y destruyó las viviendas. El épico y desesperado esfuerzo se conocería luego como el "éxodo jujeño".

Esta ocupación realista duró hasta marzo de 1813. En ese periodo, la provisión de medicamentos quedaría a cargo del médico Gabriel Cuñado, quien pertenecía al ejército realista a las órdenes de Pío Tristán, que entró en San Salvador luego de que los jujeños dejaron la ciudad. Cuñado, que había nacido en Valladolid, España, se había recibido en su país y su título había sido reconocido por el Protomedicato

de Lima en 1810.

Al retirarse el jefe español al Alto Perú, Cuñado se quedó en Salta, y algunos años después, en 1825, fue autorizado para actuar como médico en Jujuy, donde se desempeñó hasta 1842. En lo que se refiere a la actividad farmacéutica, se sabe que en 1826, Cuñado comunicaba a la población la existencia de un botiquín en la ciudad de San Salvador de Jujuy.



Pedro Gelasio Civetta.

Intentos de organización

Como en otros lugares del país, a pesar de la escasez de profesionales de la salud y del habitual ejercicio del curanderismo, las autoridades políticas intentaron regu-

lar la actividad. Ese fue el caso del gobernador Roque Alvarado que, el 11 de septiembre de 1854, estableció por decreto que los "profesores de medicina con título" eran los únicos que podían cobrar honorarios por asistencia médica. Pero no

se quedó solo en este enunciado, sino que detalló cuánto era lo que podían cobrar según cada caso (ver recuadro).

Otra de las reglamentaciones de mediados del siglo XIX fue el decreto del gobernador Pedro José Portal del

25 de diciembre de 1861, que estableció los deberes del médico titular. Este profesional asistía diariamente al hospital y, cuando era llamado, atendía a las alumnas del Colegio de Educandas, a los soldados, a los presos de la cárcel y a los pobres.

Además, conservaba las vacunas y las aplicaba a los niños. Por un salario de 800 pesos, también tenía como tarea inspeccionar cada tres meses los medicamentos de las boticas e informar cuál era la situación a la Municipalidad.

Aunque no hay registros de que hubiera boticas privadas en la ciudad en esta época, el gobernador Cosme Belaúnde, por decreto del 10 de abril de 1867, ordenó que las boticas existentes debían cumplir turnos de una semana. Permanecerían abiertas desde las 7 hasta las 22 y continuarían atendiendo los casos urgentes durante la noche.

En las últimas décadas del siglo XIX, la capital jujeña mantenía el aspecto de una aldea colonial, en la que se alternaban casas de buena edificación con construcciones precarias y terrenos baldíos. Según relata Benjamín Villatañe, "la parte mejor edificada de la ciudad se encontraba dentro del perímetro de las calles San Martín, Belgrano y Alvear, de Este a Oeste, y de Gorriti a

Honorarios por asistencia médica

Visitas a los enfermos:

- 4 reales.
- De 22 a 24: 1 peso.
- Desde la medianoche hasta la mañana: 2 pesos.
- Por estar toda la noche: 4 pesos.

Atender fuera de la ciudad:

- 2 pesos por legua;
- de noche, 3 pesos,
- y 3 pesos más por cada día de permanencia al lado del enfermo.

Operaciones comunes:

- de 4 a 6 pesos,
- según la gravedad.

Operaciones peligrosas:

- 20 pesos.

Operaciones que requirieran especial habilidad:

- se acordaba entre médico y paciente, sin exceder los 100 pesos.

Extracción de muelas:

- 1 peso.

Sangría: 4 reales.

Ventosas sajadas:

- 2 reales.

Multas por incumplimiento de este decreto:

- primera vez, 25 pesos;
- segunda, 50 pesos;
- tercera, 100 pesos
- y suspensión por 6 meses.



La Botica del Pueblo fue uno de los establecimientos pioneros de la capital jujeña.

Senador Pérez, de Norte a Sur, en total unas veinte manzanas". Pero esta tranquilidad pueblerina se vio alterada, en 1886, durante el mandato del gobernador José María Álvarez Prado, por la presencia de la epidemia de cólera en otras partes del país. Las noticias que llegaban de los primeros casos de la enfermedad en

Rosario, Santa Fe y otras localidades del litoral preocupó a las autoridades jujeñas que adoptaron medidas preventivas. Los pobladores, por su parte, seguían los consejos de los médicos que recomendaban hervir el agua, blanquear con cal gallineros y letrinas, cuidar el aseo personal, utilizar desinfectantes y también usar

quinina, el remedio contra el "chucho" al que se le atribuía una gran eficacia preventiva. Sin embargo, se sabía que la enfermedad tarde o temprano llegaría a la provincia y eso fue lo que sucedió a comienzos de 1887.

En los primeros meses, el foco de la epidemia se ubicó en el departamento

de San Pedro. Para atender a la población, el gobierno contrató a Federico Tochón, bioquímico diplomado en la Universidad de la Sorbona (Francia), quien había organizado junto con el doctor Eliseo Cantón la lucha contra el cólera en Tucumán.

Tochón recibió para esta tarea un importante envío

de medicamentos remitidos por la Junta de Sanidad que incluía: 2 kilos de ácido fénico cristalizado, 4 frascos de desinfectante concentrado correspondiente cada uno a 48 cuartas de agua, un franco de jarabe de Cloral de Follet, 20 gramos de clorhidrato de morfina, 100 gramos de Poción de Riviera N° 1 y N° 2, 90 gramos de láudano de Hydenham, 60 gramos de éter sulfúrico, 200 gramos de nitrato de bismuto, 30 gramos de sulfato de quinina (Pelletier), dos frascos de Cloridina Brown's, un frasco con perlas de cloroformo Clertan, un frasco de perlas de éter, dos frascos de gránulos bismuto Mentel, dos cajas con soda refrescante, una medida de cristal de 125 gramos, 10 gramos de algodón fenicado, 50 hojas de papel Rigollot, una espátula chica para píldoras, una jeringa doble corriente Homé con tres picos, 100 gramos de Calomel y 500 gramos de citrato de magnesia.

Mientras tanto, en la capital jujeña, que para esa época contaba con una

población de unas cuatro mil personas, empezaron a instalarse boticas privadas, que se irían sumando a las públicas ya existentes en la ciudad.

Droguería y Farmacia del Pueblo

En 1886, en la calle Belgrano, Julio Obelar instaló la Botica del Pueblo, que -según se cuenta- fue equipada con mucho cuidado, con objetos refinados, entre los que se destacaban numerosos pots de porcelana de Sèvres, comprados en Francia, que eran utilizados para guardar las drogas con las que se elaboraban los preparados en el laboratorio.

En la *Guía general de la provincia de Jujuy*, editada por G. Bustos, en 1901, aparece promocionada la botica con el siguiente texto:



"Droguería y farmacia del Pueblo, de Pedro J. Obelar, farmacéutico. Surtido selecto de drogas y especialidades extranjeras y del país. Todo de primera calidad. Se atiende con prontitud y esmero a cualquier pedido de la ciudad o campaña. El despacho de recetas es atendido exclusivamente por su dueño. Precios fuera de toda competencia."

No se sabe con certeza hasta qué año Obelar siguió atendiendo su farmacia, pero en 1906 ya estaba en manos de Martín Abad, como consta en un aviso publicado en el periódico El Industrial, del 19 de octubre de ese año: *"Farmacia del Pueblo de M. Martín Abad, 260 Calle Belgrano 264 -entre Lavalle y Necochea- Jujuy"*. Y entre los servicios que se ofrecen, figura: *"Oxígeno a toda hora- Servicio nocturno permanente y sin alteración de precio"*.

Tampoco se conoce si Obelar siguió ejerciendo la profesión de manera privada, pero es probable que no y que se haya dedicado de lleno a la función públi-

ca, ya que en una noticia sobre una epidemia de gripe, publicada en el diario La Opinión del 20 de mayo de 1919, se informa: *"En el botiquín de la Asistencia Pública, el doctor González y los señores Obelar y Puente no dan abasto para despachar las fórmulas expedidas por los médicos"*.



Un hermoso y antiguo jarrón atesorado en la actual Farmacia del Pueblo.

Por su parte, Abad no debe de haber estado al frente de la Farmacia del Pueblo durante mucho tiempo, dado que en 1916 el propietario de esta botica era el doctor José Blanco, que fue quien se la vendió, el 27 de abril de 1916, al químico italiano Pedro Gelasio Civetta, en la suma de 29 mil pesos moneda nacional. Pero, cuando Civetta la compró ya no se encontraba ubicada en la calle Belgrano, sino que alguno de sus dueños anteriores, o Abad o Blanco, la había mudado a Alvear, casi esquina Balcarce, a pocos metros de la casa conocida como "la de la familia Tezanos Pinto", que había sido propiedad del gobernador Pedro José Portal y era un punto de referencia para los pobladores.

En cuanto al desempeño profesional de Blanco, se sabe, de acuerdo con lo que figura en la documentación de la venta a Civetta, que se comprometía a no establecerse con otra farmacia ni emplearse como farmacéutico en la ciudad ni en la provincia de Jujuy.

Así es como, desde 1916, se encuentra a cargo de la Botica del Pueblo Pedro Civetta, pero pocos años más tarde, en 1921, llegó de Italia su hermano Ángel, doctor en Química y Farmacia, que había prestado servicios en la Real Marina Italiana, en Nápoles, durante la Primera Guerra Mundial, y la farmacia cambiará nuevamente de manos. El 20 de agosto de 1922, Pedro transfirió en venta la Botica del Pueblo a su hermano en la suma de 50 mil pesos. La forma de pago habla a las claras de la buena relación de los hermanos, ya que Pedro reclama una *"remesa todos los meses de lo más que Ángel pueda disponer, después de haber pagado a todos los proveedores, el alquiler, empleados y gastos generales"*.

Y Pedro aprovecha la escritura de venta también como un medio para aconsejar a su hermano, como se ve en los párrafos que dicen:

"Recomiendo a mi hermano sucesor que tenga mucho tacto y paciencia

con los clientes, buscando de no levantar incidentes, dejando siempre satisfecho a los clientes.

"Con los empleados que sea cortés y que los trate como se merecen los buenos cooperadores a la buena marcha del negocio".

Ángel debe de haber seguido los consejos de su hermano, porque estuvo al frente de la Botica del Pueblo durante veinticinco años y se convirtió en un personaje importante en los medios sociales y culturales de la ciudad. Además de atender su negocio, participó en la fundación de la Sociedad Italiana, se desempeñó como vicepresidente de la Sociedad Obrera de Socorros Mutuos, fue uno de los impulsores de la creación del Centro de Farmacias y apoyó las gestiones impulsadas por el gobernador Fenelón Quintana y su mi-



Aviso publicado en La Unión del 17 de julio de 1928.



Farmacéutico Graciano Oroza.

nistro de Hacienda, Pedro Campos, para la fundación del Banco de la Provincia, en el que fue director suplente durante las funciones del primer directorio.

Cuando Ángel falleció, en agosto de 1947, tomaron posesión del negocio sus hijos, Gustavo Adolfo y María Teresa, y más tarde siguió en manos de la familia, en sociedad con farmacéuticos o con distintos directores técnicos, como los farmacéuticos Estefanía de la Vía, Nilda Luque de Iturbe, Darío Peralta, Hipólito Cura y Rosa Cosentini.

Otras historias

La farmacia del Vaticano

Con una superficie de apenas 44 hectáreas, la ciudad del Vaticano es el Estado independiente más pequeño del mundo, tanto por su extensión como por el número de habitantes. A pesar de su tamaño, el país cuenta con todos los servicios necesarios para atender a sus pobladores, entre los que se cuenta nada menos que el papa de la Iglesia Católica. Así es como tiene su propia farmacia, que se originó en 1874 cuando el Papa Pío IX le otorgó a la Orden Hospitalaria San Juan de Dios el título de enfermeros del Pontífice tras ser atendido durante una enfermedad por tres hermanos de esa comunidad.

Ese mismo año, el cardenal Antonelli, secretario de Estado en ese momento, le encomendó al padre Eusebio Ludvig Fronmen, antiguo director de la farmacia del hospital San Juan de Dios de la isla Tiberina, que creara la farmacia Vaticana.

En 1892, la comunidad de hermanas de San Juan de Dios se estableció de forma permanente en la ciudad del Vaticano, y en 1917, la farmacia volvió a mudarse, esta vez al palacio de Belvedere, donde se encuentra actualmente. La botica está al servicio de los habitantes del Estado papal y también despacha medicinas a las Nunciaturas Apostólicas del mundo que requieran su asistencia.

En la actualidad, la Farmacia del Pueblo, adaptada a las necesidades de los establecimientos modernos pero con respeto por su tradición, es propiedad del farmacéutico Juan Carlos Salum y funciona al lado de su anterior emplazamiento, en Alvear 927.

Historias que se entrecruzan

Federico Tochón, aquel bioquímico que había llegado a la provincia en los primeros meses de 1887 para encarar la lucha contra la epidemia de cólera, debe de haber quedado prendado de ese paisaje, a pesar de los duros momentos en que le tocó llegar. Se puede suponer esto, ya que por esos años instaló, en San Salvador, la Farmacia Central en la esquina de Belgrano y Necochea.

Si bien no hay testimonios de su desempeño y la mayoría de los historiadores consideraba que esta botica había sido fundada por Soto y Zelaya en la última década del siglo XIX, para esta investigación se encontró un aviso

del 26 de junio de 1893, publicado en el periódico El Verídico, que informa: "Comunicamos al público que el Señor Federico Tochón, propietario de la Farmacia Central, situada en la esquina de Belgrano y Necochea, ha vendido su establecimiento al Sr. Maximiliano Soto y por cuya cuenta corre desde el 11 del presente, siendo por cuenta del Sr. Tochón los créditos y deudas que haya contraído dicho establecimiento, salvo estipulación especial".

Esta información da la certeza de que Maximiliano Soto compró una botica ya existente, que para ese momento podía tener varios años de antigüedad. En cuanto a la sociedad con el tucumano Francisco "Paco" Zelaya, no se sabe en qué momento se concretó, pero queda confirmada por avisos posteriores, como el que está publicado en la *Guía general de la provincia de Jujuy*, en 1901, en el que se promociona así: "Botica Central, de Soto y Zelaya, la más antigua de Jujuy, con un surtido completo de drogas,

preparaciones y específicos de toda clase. Servicio de recetas diario y nocturno".

El bien surtido establecimiento, además de preparar medicamentos y brindar asistencia a los clientes, también se convirtió en un centro de reunión importante. Es probable que haya sido en una de esas prolongadas tertulias, en la que se entrelazaban discusiones políticas con livianas charlas sobre la sociedad de la época, en la que se gestaran ideas fundacionales, como la creación de la sede para la construcción del Club Social.

Los primeros años del siglo XX vieron el crecimiento de esta farmacia que ganó prestigio y predicamento entre los pobladores de San Salvador. A pesar de que no hay datos sobre en qué momento cambió de dueños, sí se puede afirmar que perteneció entre, al menos, 1924 y 1928, al químico farmacéutico Emilio Perardi. En el diario El Día, de 1924, durante varios meses



► Iglesia San Francisco

aparece el aviso de esta farmacia, junto con el de la Del Pueblo, en el que se confirma que era de Perardi, que la promocionaba como "la más antigua de la ciudad, Belgrano esq. Necochea" y en el que destacaba: "Se atienden los pedidos de la campaña con toda puntualidad". De la misma manera, aparece la publicidad en un ejemplar del periódico La Opinión, de 1925, de la "Farmacia y Droguería Central", de Emilio Perardi, químico farmacéutico con título expedido en la ciudad de Turín (Italia), que reválida en La Plata.

También es interesante un aviso publicado en La Unión, el 17 de julio de 1928, en el que la farmacia promociona la "Fuente ASTRA de los perfumes", en el que se explica que "son elaborados por la Unión Internacional de destiladores de plantas y flores (Francia)" y recomienda: "procure mirarse de un envase; su compra saldrá más económica aún. Revise detenidamente nuestra lista de precios, pruebe nuestros productos, y Ud. será un seguro cliente nuestro".

Sin embargo, a pesar de su importancia, no es fácil desentrañar la historia de esta farmacia, ya que hay diferentes y contradictorias versiones sobre cuál fue su destino, aunque ninguna de las fuentes consultadas menciona a Perardi como uno de sus propietarios. Algunos sostienen que, después de la muerte de don Paco Zelaya, su hijo Hugo se hizo cargo de la firma en sociedad con Mario Macchi y organiza-

EL CHUCHO
PILULAS, TOGORES DE CARPA Y DEL CUERPO. PUEDEN VO. CAMBIARLOS CON LA

Pironicina Mera
PASTILLAS ANTI-ALDIBICAS PARA ANGIOS Y NERVA. SON RECOMENDADAS POR SU EXCELENTE FORMULA Y PREPARACION LAS SEMBRANCIAS SEGUIAN LAS SIGUIENTES

La caja a pesos 2,00
EN VENTA EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS DE LA CIUDAD Y CAMPAÑA

Deposito: **Farmacia Francesa**
135 Maipú 141 Tucumán

Organización en Jujuy
Farmacia del Pueblo
ALVEAR 811

DROGUERIA Y FARMACIA DEL PUEBLO
CALLE DE COLOMBIA 44 SAN SALVADOR DE JUJUY

Reserva FARMACIA de alto nivel - Especialidad en productos de la agricultura y ganadería y productos de higiene personal

ALVEAR 811 Tucumán 811

Farmacia CENTRAL
SALVADOR Y NECOCHA

VENENO

ron la Farmacia Argentina, que se encontraba en Lavalle y Alvear, donde esta farmacia, ya que el viejo edificio se derrumbó y sus dueños debieron trasladarse a un nuevo local en Gorriti al 300.

Según otras fuentes, la antigua Botica Central fue comprada por Pedro Noro, un farmacéutico italiano que llegó a la Argentina hacia fines del siglo XIX, revalidó su título en la Universidad Nacional de La Plata en 1905 y luego se trasladó a Rosario, Santa Fe, donde instaló botica. Luego de algunos años en esa ciudad, se mudó a San Salvador y compró la botica de Soto y Zelaya, a la que le impuso el nombre de Farmacia Noro. Para ella construyó un nuevo y moderno edificio que se inauguró el 30 de diciembre de 1932. Según estas crónicas, Noro estuvo al frente de esta farmacia hasta 1943, en que dejó la provincia para trasladarse a Buenos Aires. A partir de allí la Farmacia Noro pasó a manos de la firma Carrizo-Uriondo y retomó el nombre de Farmacia Cen-



Torre de la catedral de la capital provincial.

tral, con el que sigue funcionando en la actualidad.

Hay también distintas versiones que indican que Noro habría trasladado su farmacia, en 1932, a Alvear 709, es decir a Alvear y Lavalle, donde años antes había estado la Botica del Águila, establecimiento que Rudecindo Portal había fundado a mitad de la década de

1890 y seguía en funcionamiento a comienzos del siglo XX. Hay que destacar también que esta es la misma esquina en que otros historiadores ubican la Farmacia Argentina de Hugo Zelaya y Mario Macchi.

El hecho de que no haya una única versión de cómo se desarrollaron estas farmacias podría estar causada porque, en esa

época, eran frecuentes las mudanzas, la construcción de nuevos edificios, las compras y ventas, la formación de diferentes sociedades entre propietarios y farmacéuticos y la contratación de directores técnicos, lo que hace que sea muy difícil seguirles el rastro a algunos profesionales que desarrollaron su actividad en varios establecimientos y también a algunas farmacias que fueron cambiando sus titulares y sus sedes.

En lo que todos los cronistas coinciden es en que Pedro Noro se integró rápidamente a la sociedad jujeña, que se ganó el respeto y el reconocimiento de la comunidad de la época, que dos de sus hijos también se recibieron de farmacéuticos y trabajaron con su padre y que su apellido se convirtió en un símbolo de la profesión en San Salvador.

Otras pioneras

Entre los boticarios de fines del siglo XIX, además de Obelar, Soto, Zelaya y Portal, se destacó también Francisco Wiaggio, que

La Quiaca



Boticarios que hicieron historia en la puna jujeña

Lecadia Maidana habla de su niñez en La Quiaca con inocultable nostalgia. Y si bien han pasado ya muchos años desde aquellos momentos que rememora, su privilegiada memoria permite ir construyendo una atmósfera vívida, cautivante, de la vida cotidiana de su querido pueblo de la puna jujeña. Su padre, Hilarío Maidana,

empleado en la aduana, era uno de los dueños de las primeras casas de La Quiaca Vieja, viviendas sencillas, de piedras asentadas en adobe, con el infaltable corral para algunos pocos animales: ovejas, llamas, cabras y gallinas. "Los techos también eran de adobe y caña; porque los de chapa resultaban inútiles; el viento siempre terminaba arrancándolos", cuenta Leocadia, que asegura que muchas veces era imposible asomarse a las calles sin correr el riesgo de ser arrastrado por esos frecuentes vendavales que cruzaban las solitarias callecitas quiaqueñas.

Por entonces, si bien la población era escasa, muchos extranjeros habían elegido ese árido pueblo del extremo norte argentino: árabes, alemanes, chinos, italianos, españoles y por supuesto bolivianos, aunque a estos no se los podía considerar extranjeros. Y pese a esa diversidad de orígenes y costumbres, la comunidad se mantenía unida. Siempre se encontraba una mano amiga

ante las dificultades, que eran muchas en ese pueblo que recién nacía.

Las familias eran numerosas, y si la vida se presentaba extremadamente dura para los adultos, los niños casi siempre tenían un compañero de juegos para



Leocadia Maidana

compartir sus horas, jugando a las escondidas, la bolita o los trompos artesanales, a los que llamaban "troya". Los veranos eran tórridos y los inviernos solían traer fríos "de nueve cobijas".

En el relato de aquella infancia, Leocadia también recuerda con fascinación unos frascos multicolores que el padre de una compañerita de escuela les facilitaba para que las niñas jugaran al almacén.

Eran frascos de una botica, que Leocadia y su amigo apoyaban en el cerco de la vieja casa de la botica -en Suipacha y República Árabe Siria-, los miraban a trasluz o los llenaban de agua, arena o tierra y los compraban y vendían con unos papeletos que simulaban ser billetes. Leocadia asegura en la entrevista que el boticario era un tal Mevi, de cuya estancia en La Quiaca nadie parecía recordar nada. No fue posible hallar ningún dato de ese boticario pionero en el municipio. Ningún rastro de él constaba en los documentos consultados. Y ni siquiera los historiadores lugareños pudieron dilucidar si ese tal Mevi había tenido existencia real o era un recuerdo desdibujado por los años de doña Leocadia.

"¿No se confundirá con don Quiroga?", le preguntaban a Leocadia algunos de sus familiares, en referencia a Federico Quiroga, considerado oficialmente el primer boticario en La Quiaca. "No -aseguraba la mujer-; de Quiroga me acuerdo, pero Mevi estuvo primero."



La Quiaca en las primeras décadas del Siglo XX (Archivo General de la Nación).

Una buena dosis de paciencia y una dosis mayor de suerte permitió dilucidar las dudas: los datos que no se habían podido hallar en La Quiaca aparecieron rastreando viejos ejemplares de la prensa de la capital jujeña consultados en la hemeroteca de la Biblioteca Popular de la provincia.

En cuatro ejemplares de El Heraldó se publican informaciones relacionadas con un incidente que tiene como protagonista al boticario de La Quiaca Ettore Mevi. La primera de ellas, fechada el 26 de febrero de 1919, es una

solicitada del propio Mevi, dirigida al gobernador de la provincia, en la que denuncia lo que considera una arbitraria decisión del Consejo de Higiene, que le había impuesto una multa de 500 pesos por ejercicio ilegal de la medicina.

En el artículo, Mevi expresa que se encuentra en La Quiaca desde hace cinco años, es decir desde 1914, al frente de la única botica del lugar. Y en posible referencia a la acusación de ejercicio ilegal de la medicina, señala que a las autoridades municipales de La Quiaca que lo san-

cionaron "les consta que a falta de médico titular en esta localidad, se me llama para que preste auxilio a los enfermos, llegando la Policía hasta obligarme a ello, como a un diftérico debo aplicarle el suero ad hoc, a un palúdico inyecciones de quinina, también a una sífilítica, estando comprometida la salud pública, estoy obligado a aplicarle inyecciones mercuriales, máximamente cuando estas son recetadas por un médico titular, cumpliendo también con el cargo con que fui honrado por la H. Comisión Municipal con fecha enero 8 de 1918".

Por entonces, La Quiaca, que llevaba apenas 13 años de existencia formal, estaba demarcada solo en 38 manzanas -ofrecidas en donación por el vecino Asensio Quispe-, con casas desperdigadas, y no contaba con otra asistencia sanitaria estable. Solo dos años más tarde, en 1920, el Consejo Nacional de Higiene resolvió instalar una Barraca Sanitaria destinada a prestar servicios en toda la zona puneña y que fue el punto de partida del actual Hospital Dr. Jorge Uro.

En otra de las publicaciones de El Heraldito, el atribulado boticario Mevi alega que en los pueblos en los que no hay médico, como era el caso de La Quiaca, no se cumplían las instrucciones reglamentarias que prohibían el ejercicio simultáneo de la medicina y la farmacia y señala que "al aplicar Aceite Gris" a una paciente que no identifica, no hacía más que cumplir con su obligación como inspector de las casas de tolerancia, cargo concedido por la Comisión Municipal ante la falta de otro facultativo. El aceite

gris era una combinación de mercurio, lanolina y vaselina que se aplicaba de manera inyectable en el tratamiento de la sífilis.

Por la documentación, se infiere que las autoridades locales aceptaron que el reclamo de Mevi fuera resuelto por un juez, pero sin por ello eximirlo de la multa de 500 pesos hasta tanto hubiera fallo firme. En contrapartida, Mevi alegó la imposibilidad de hacer frente a ese pago y afirmó que "los pocos centavos" que le quedaban los había utilizado para alimentarse, de manera que si el Consejo insistiera con la multa, se vería obligado a cerrar la botica, como



La estación ferroviaria.

efectivamente sucedió.

De Ettore Mevi no se supo nunca más. Su paso por La Quiaca tal vez hubiera quedado sepultado para siempre en el polvo del olvido si no fuera por el recuerdo de Leocadia Maidana, esa niña que por 1918 descubrió con fascinación los frascos multicolores de la botica.

Cuidado que viene el diablo

La obligada partida de Mevi de La Quiaca no dejó al pueblo mucho tiempo sin botica. En el mismo cruce de las calles Suipacha y Mendoza (actual Siria) donde se había instalado el primer boticario, pero haciendo cruz, se estableció casi inmediatamente Federico Quiroga. "Era un bolichito chiquitito, con apenas un mostrador y un estante", recuerda Leocadia Maidana.

Quiroga ya era un hombre grande cuando llegó a La Quiaca. De carácter afable y campechano, no tardó en ganar amigos en el pueblo, que solía recorrer ofreciendo sus saberes. "Como era



Otras historias

La precisión farmacéutica de Ághata Christie



Ághata Christie

Agatha Christie, la reina de las novelas del crimen, logró lo que tal vez muchos escritores hubieran querido y no pudieron conseguir: publicar a lo largo de 55 años una obra tras otra con singular éxito de ventas. Fueron en total 80 novelas y varias piezas de teatro.

Después de su muerte, en 1976, se escribieron numerosos libros y artículos sobre su vida y los pormenores de su obra. Aunque parecía que estaba todo dicho sobre la célebre escritora, recientemente, uno de los estudiosos más intensos de su trabajo, el irlandés John Curran, descubrió setenta y tres cuadernos

amigo de todos, ni siquiera llamaba cuando llegaba a una casa; abría la puerta y entraba -dice Leocadia-. Mi papá, cuando advertía que la puerta de la casa se abría, decía: 'cierren la puerta que no quiero que entre el diablo' y allí aparecía Quiroga."

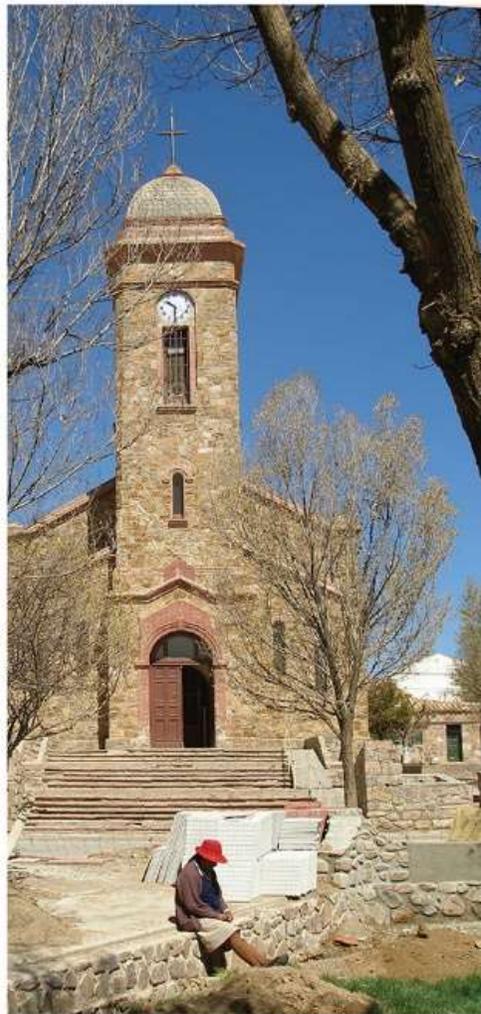
Por esas cosas de la vida, la calma que buscaba Quiroga en La Quiaca no duró todo lo que esperaba. Al poco tiempo de estar en el pueblo, su mujer e hijos se fueron y Quiroga siguió allí, solo y abatido, pero siempre asistiendo a sus vecinos con dedicación. Y ejerciendo, como era costumbre en la época, también como médico, pero con mejor suerte que Mevi: su doble actividad contó con el implícito beneplácito del Consejo Municipal.

"Curaba mucho con manzanilla y belladona, y se murió de viejito, por los años 25 o 26", sostiene Leocadia.

Por entonces, el pueblo no tenía ningún auto (el primero fue el del español Muñiz, que llegó en 1927 y poco tiempo después

fundió el motor en el cerro Escaya por falta de agua), había una sola carnicería (la del "turco" Elias Sabal, primer inmigrante árabe en aquellos pagos) y la señora Águeda Santillán abrió el primer restaurante, en el predio que hoy ocupa el Hotel de Frontera. Y a falta de sacerdote, el vecino Nicasio Ruiz había obtenido autorización papal para intervenir en bautismos, casamientos y confirmaciones, mientras que el versátil Cristino Das se daba maña para oficiar alternativamente de enfermero, dentista, plomero y mecánico.

El primer médico que conoció Leocadia fue un alemán de apellido Krau, destinado a la barraca sanitaria hacia 1923, mientras que la primera partera era Justa Arraya, cuya familia construyó la primera casa de La Quiaca Vieja. "Cuando nacía el chiquito -recuerda Leocadia- ella se lo llevaba a su casa para que la parturienta descansara. En su casa a veces había siete u ocho chiquitos durmiendo en una sola cama."



Un poco de descanso ante la iglesia quiacaña.

de la escritora hasta entonces desconocidos, que descifró pacientemente para alumbrar un nuevo trabajo: Agatha Christie, los cuadernos secretos, editado por Suma de letras.

De los cuadernos que investigó Curran, no todos tienen relación con la producción literaria de la escritora. Hay apuntes sobre sus clases de francés, notas relacionadas con los contratos con sus editores y tres cuadernos completos exclusivamente con fórmulas químicas de la época en que la mujer trabajaba en una farmacia en Torquay (Devon), su ciudad natal, y en el University College Hospital de Londres. Un rasgo distintivo de los relatos de Agatha Christie fue el uso del veneno como asesino silencioso. De hecho, 55 de los 80 casos de asesinatos que recorren su obra fueron por envenenamiento. En ninguna de las descripciones dadas por la escritora, que fueron examinadas por expertos en la materia, ha sido posible hallar el menor error científico.

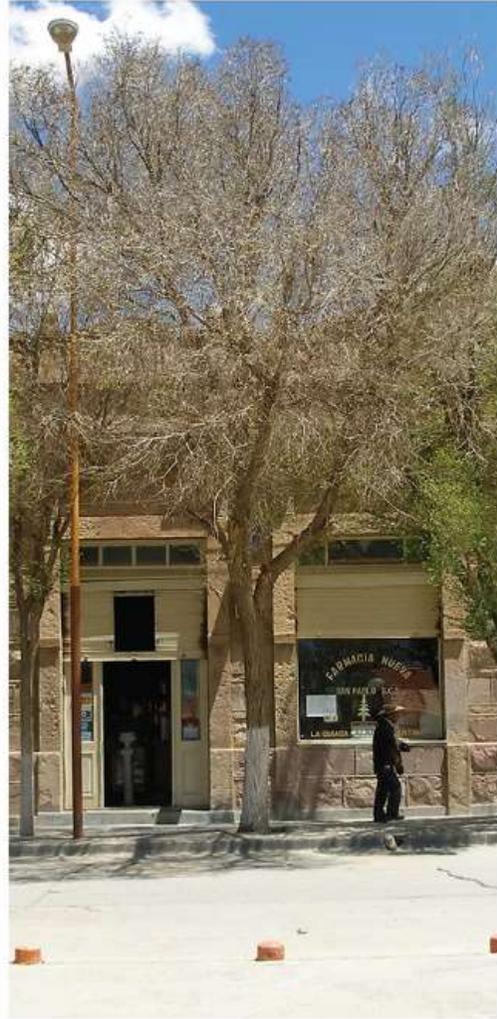


Imagen actual de la Farmacia Nueva, establecida en la década de 1950.

“Mi hijo también va a ser doctor”

El farmacéutico y bioquímico quiaqueño Herman Elías es otra fuente ineludible a la hora de reconstruir la historia de la farmacia en La Quiaca.

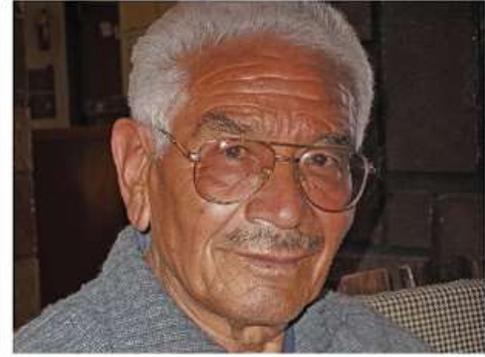
Nacido en 1930, atesora una historia verdaderamente singular, que acepta desgranar pausadamente, muchas veces con la emoción a flor de piel.

Herman es hijo de Romualdo Elías y nieto de una de las primeras familias árabes asentadas en la zona. Romualdo había nacido en Yavi, sede del único marquesado que se creara en el territorio de lo que sería luego la Argentina y que constituía el oasis obligado para el descanso del tránsito entre el Río de la Plata y las minas de plata de Potosí. Al quedar huérfano de padre, Romualdo, con apenas 10 años, comienza a trabajar llevando leña desde Yavi hasta La Quiaca, con destino a la panadería, para regresar al final del día con un poco de pan y harina. Trabajador como pocos, a los 14 años

consigue ser empleado como aprendiz por el único sastre de La Quiaca, que además de enseñarle el oficio, le pagaba unos pocos pesos y le permitía dormir en el local. Varios años más tarde, Romualdo Elías logra independizarse y se convierte en el sastre más reconocido del pueblo.

Sin embargo, cuando todo parecía ir encaminándose, el hermano de Romualdo, que trabajaba llevando cargas en camión entre La Quiaca y Bolivia, es asesinado en Tupiza, por lo que Romualdo asume la responsabilidad de ponerse la familia al hombro y decide criar, junto a sus hijos, a los siete niños de su hermano muerto.

A Herman se le nublan los ojos cuando recuerda un encuentro de su padre con sus amigos, en el Bar del Chino, en el mercado municipal. *“Parece que habían llegado al pueblo algunos visitantes ilustres, que eran presentados como doctores: doctor de allá, doctor de acá... A mi papá, que apenas había terminado el cuarto grado, se le ocurrió decirles a sus*



El farmacéutico Herman Elías fue una fuente invaluable de consulta.

amigos: ‘mi hijo también va a ser doctor’ y después redobló la apuesta y le propuso a todo el grupo juramentarse para lograr que todos los hijos de ese grupo de amigos pudieran estudiar”.

Y vaya si lo logró: del grupo que Romualdo Elías y los amigos habían decidido transformar en profesionales, surgieron Eliseo Elías, fisiólogo; Limberg Elías, doctor en medicina, cirujano y profesor adjunto de la cátedra de cirugía de la Universidad de Córdoba; Américo Elías, odontólogo; el doctor Horacio Tolaba, ex director en varias oportunidades del Hospital Jorge Uro; el inge-

niero Eugenio Alfaro; la médica Isabel Alfaro; el médico Nicolás Rondón, que luego se traslada a Santa Fe y ejerce como médico de Monzón; el médico Rubén Alemán; el escribano Raúl Calisaya; los hermanos Reuter; los hermanos Guzmán, y por supuesto, el farmacéutico y bioquímico Herman Elías.

El inquieto Romualdo Elías no solo fomentó el estudio al que él no había podido acceder, sino que también fue impulsor de otras actividades sociales, tales como la fundación, en 1925, del Club Sportivo Libertad, en la que participó junto con otros vecinos quiaqueños, y la comparsa



Integrantes del club de tiro.
Debajo de la bandera, en traje claro, puede verse al farmacéutico Celis.

Pica-Pica, que dio aún más prestigio a los afamados carnavales del Altiplano.

Otro de los farmacéuticos pioneros en La Quiaca, según el recuerdo de Herman Elías, fue el señor Navea, que se habría instalado en el pueblo hacia 1926.

Tampoco puede dejar de mencionarse a Manuel Wilde, un farmacéutico llegado desde Bolivia y que hacia 1930 instala la Farmacia Internacional, frente al correo, en una casa alquilada. Leocadia Maidana afirma que esa farmacia sí era importante y muy bien surtida.

En su privilegiada memo-

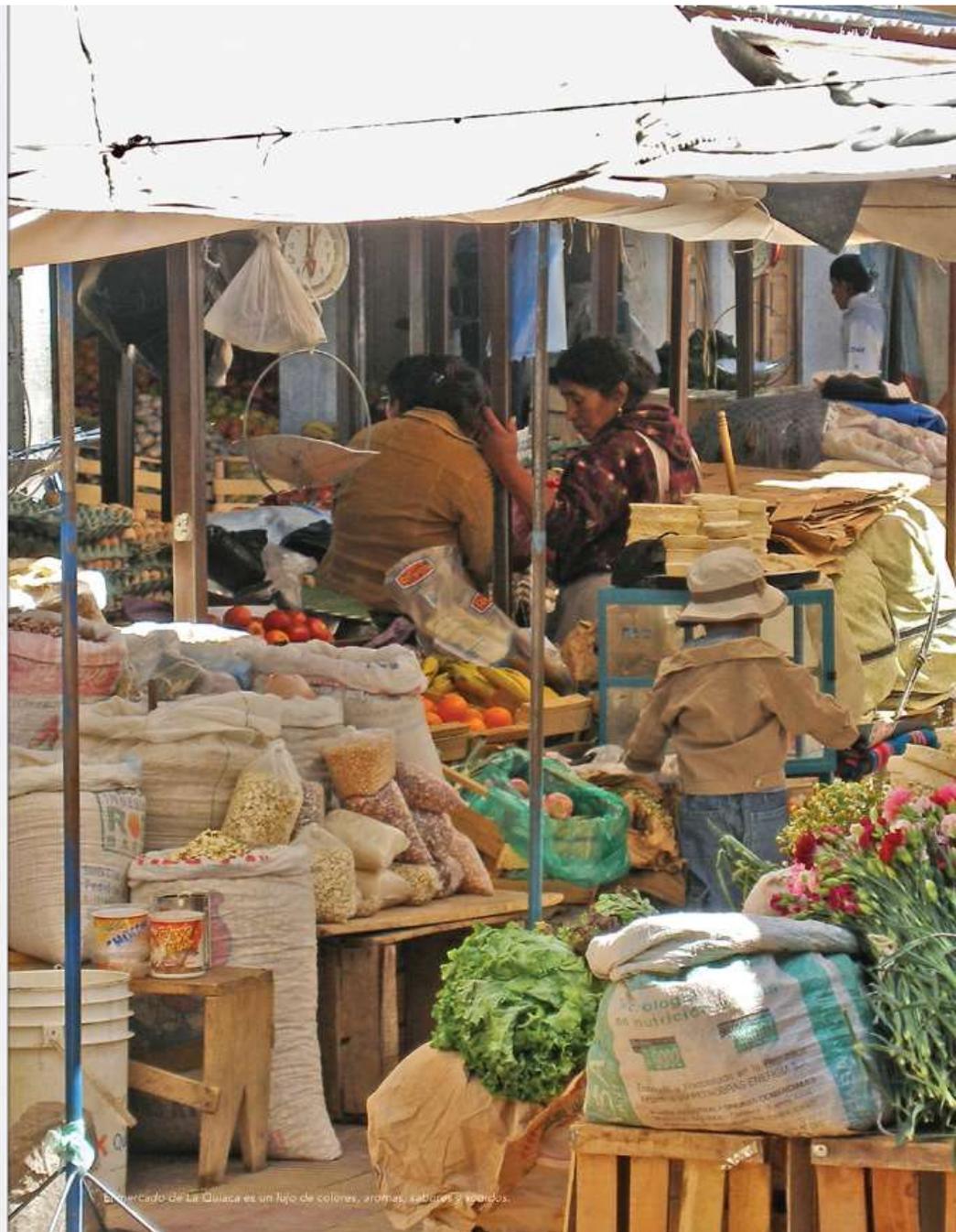
ria también aparece el nombre de otro boticario del que no se encontraron registros: un tal Cosio, que según el recuerdo de la mujer había instalado su local en la esquina del hotel de Turismo. Leocadia afirma que Cosio "era un hombre muy malo", que "hacía comprar los remedios a la fuerza" y que "murió seco" en la farmacia, donde fue descubierto varios días después.

Con respecto a Wilde, luego de unos años de ejercer la actividad farmacéutica en La Quiaca, decidió trasladarse a la capital provincial, de manera que su farmacia quedó transitoriamente a cargo de la

Municipalidad, que a comienzos de la década del 40 la transfirió a Gerardo Celis, un hombre que excedió con creces su compromiso con la salud y que participó activamente en la creación de varias instituciones culturales y deportivas.

En algunas viejas fotografías de la época puede verse al santiagueño Celis con sus característicos bigotes en forma de manubrio. Elías lo recuerda muy bien, con esa figura imponente y ese porte señorial. "Estuvo muchos años acá -dice Elías-. Se fue del pueblo para casarse y regresó. Su esposa, doña Juana, era maestra y permanecieron en La Quiaca durante mucho tiempo, hasta que ella se jubiló y decidieron radicarse en Santiago del Estero".

Cuando Celis retornó a su provincia natal, compró la farmacia Internacional Juan Sirena, quien alcanza un alto nivel de prosperidad, lo que le permite abrir una segunda botica, la 9 de Julio, en Sarmiento entre 9 de Julio y Belgrano.



El mercado de La Quiaca es un flujo de colores, aromas, sabores y sabores.

A mediados de los años 50, Sirena también dejó La Quiaca. Entonces, se hizo cargo de la farmacia 9 de Julio el primer farmacéutico nativo del pueblo: Lucio Ruiz, quien ejerció la profesión hasta que, ganado por la pasión por la política, fue elegido diputado nacional. Entonces, la 9 de Julio pasó a manos de Juan Barbosa, quien conservó la farmacia unos 8 años.

Por entonces, hacia 1957, Pablo Aramburu, que ya había abierto la farmacia Nueva, compra y reabre la Internacional, donde ejerce como director técnico Hoover Elías, primo de Herman Elías, el primer bioquímico quiaqueño.

Unos años más tarde la farmacia se cierra y Hoover Elías abre la suya propia, a la que llama Rosario, tal vez en homenaje a la ciudad en la que había estudiado la profesión, en Belgrano y Sarmiento, hasta que hacia los 70 la vende porque decide trasladarse a San Salvador. La farmacia es comprada entonces por la familia Herrera, que la

conserva a cargo de Angélica Tita de Gámez (prima de los Elías), aunque con otro nombre: Doctor Uro, en homenaje al reconocido director del hospital local.

En cuanto a la farmacia Nueva, a la muerte de Aramburu fue atendida transitoriamente por sus hijos hasta que la vendieron. Inicialmente estuvo regentada por auxiliares



Puerta de la vieja Farmacia de Ettore Mevi.

de farmacia, hasta que apareció la primera profesional, una farmacéutica de origen boliviano de apellido Carrasco.

Por su parte, Herman Elías, que se había recibido de farmacéutico en Córdoba, en 1955, y de bioquímico tres años más tarde, regresó a La Quiaca para trabajar como farmacéutico en la mina Aguilar, hasta 1966, año en que se le ofrece la oportunidad de hacer los preparados magistrales del hospital y se le encomienda organizar el primer laboratorio de La Quiaca, que dirige hasta su jubilación, en 1968. Tras ello, pasó a ejercer la dirección técnica de la farmacia San Silvestre, cargo en el que lo reemplazó una de sus hijas, Alejandra, mientras que la otra hija de Herman, María Fernanda, también farmacéutica, ejerce la profesión en el hospital Jorge Uro.

En la actualidad, La Quiaca dispone de 5 farmacias: Auzza, San Silvestre, Quispe, Dr. Jorge Uro, Virgen del Remedio y Nueva San Pablo.

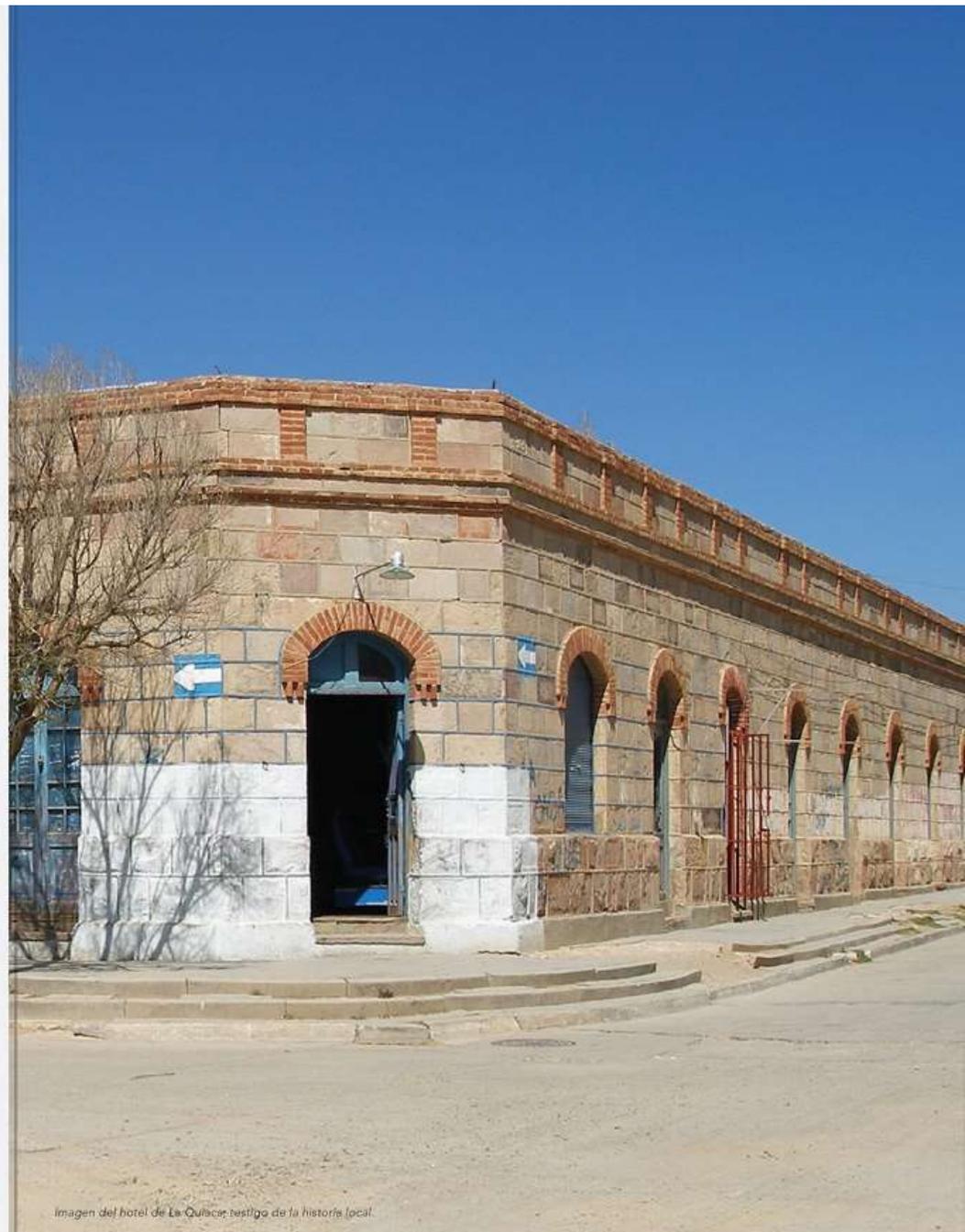


Imagen del hotel de La Quiaca, testigo de la historia local.

Una canción transformada en himno

Si hay un tema que se convirtió en un himno de La Quiaca, ese es un bailecito que inmortalizaron Los Fronterizos en 1954. El cuarteto, que había ganado un concurso musical en Salta en 1953, decidió probar suerte en Buenos Aires y tan pronto llegaron, en 1954, grabaron su primer disco, que contenía "El Quiaqueño". El tema fue presentado como un motivo popular de autor anónimo, pero pronto se conoció el nombre de su responsable: Arsenio Aguirre.

Aguirre era un joven guitarrista santafesino que visitó La Quiaca por primera vez a los 17 años, secundando a una cantante argentina que debía presentarse en Tarija. Tras la gira por Bolivia y Jujuy, Aguirre quedó deslumbrado por los paisajes de la Puna y retornaría en incontables ocasiones a La Quiaca y a la Quebrada de Humahuaca, muchas veces como solista.

En una de esas visitas en solitario, los amigos quiaqueños de Aguirre lo despidieron con una fiesta y el joven compositor improvisó unas coplas en ritmo de bailecito para retribuir el homenaje. Escribió entonces en una servilleta la letra de la canción, que llamó "Adiós a La Quiaca" y al final de la velada la cantó para sus amigos, ya que el día siguiente partía a Villazón y de allí a una gira por donde quisieran escucharlo. Al año siguiente, al regresar a la Argentina, vuelve al viejo bar de La Quiaca con la esperanza de reencontrarse con sus amigos. Para su asombro, Aguirre encuentra a uno de los parroquianos silbando su tema, mientras le ponía tiza al taco de billar. "¿Qué es esa canción que está silbando?", le preguntó Aguirre. "Un bailecito boliviano", le contestó el paisano. Aguirre no dijo nada, pero advirtió que en su ausencia el tema se había ido popularizando; por lo que lo registró tan pronto pudo en la Sociedad Argentina de Autores y Compositores (Sadaic).

Durante la ausencia de Aguirre por el norte argentino, su tema se había ido popularizando en las peñas de la región, hasta que en las voces de Los Fronterizos se convirtió en uno de los temas más populares de la música popular argentina.

"Siendo de melodía y letra muy humilde -contó Aguirre en una entrevista-, 'El quiaqueño' logró trascender de una forma que jamás imaginé. Pero las cosas se presentaron así y me alegra porque en mi bailecito va toda La Quiaca, ese pueblo que me cautivó haciéndome regresar siempre."

El quiaqueño (o Adiós a La Quiaca)

A ver quiaqueños
Vamos a cantar
Este bailecito
Vamos a bailar.

Antes que amanezca
Por esta región
Porque ya mañana
Paso a Villazón.

(Estrillo)

Me voy a Bolivia
Luego iré al Perú
Me alejo pensando
En la Cruz del Sur.
A ver quiaqueños
Vamos a cantar
Nada de tristeza
Me quiero alegrar.

Antes que amanezca
Por esta región
Porque ya mañana
Paso a Villazón.

(Estrillo)

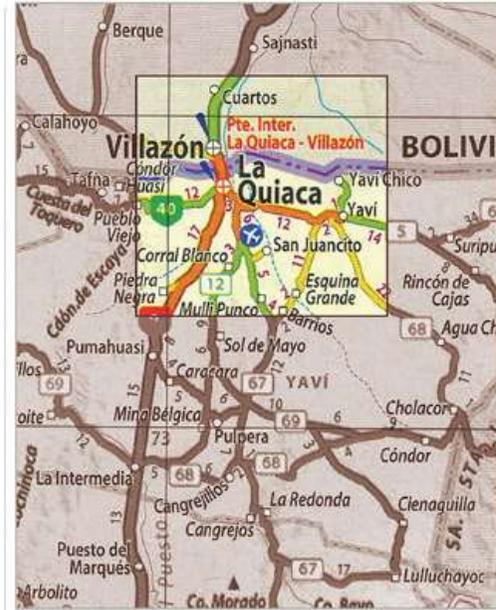
Datos históricos

• No hay unanimidad sobre el significado del nombre La Quiaca. La versión más aceptada es que proviene de la palabra aymara "quisca", que significa "piedra cortante" y hace referencia al utensilio que se usaba para esquila ganado. Para otros, deriva del vocablo "quota" (lugar de papas menudas) o de "kiyaca" (hoja verde de maíz). También hay otra versión que sostiene que es una derivación de "cachichura", término con el que se llamaba a los primitivos habitantes que ocuparon la región antes de la llegada de los españoles.

• El nacimiento de la ciudad se remonta a la mitad del siglo XVII, cuando se comenzó a formar un caserío en lo que luego se denominó "La Quiaca Vieja".

• En 1884, el gobierno provincial ordena la demarcación de La Quiaca, lo que da origen a la ciudad actual.

• El 12 de mayo de 1886 se



crea la primera escuela.

• El 26 de septiembre de 1901 se dispone la prolongación de la línea férrea de Jujuy hasta La Quiaca, obra que se finaliza el 30 de septiembre de 1907.

• Después de muchas gestiones, se concreta la fundación oficial del pueblo, el 28 de febrero de 1907.

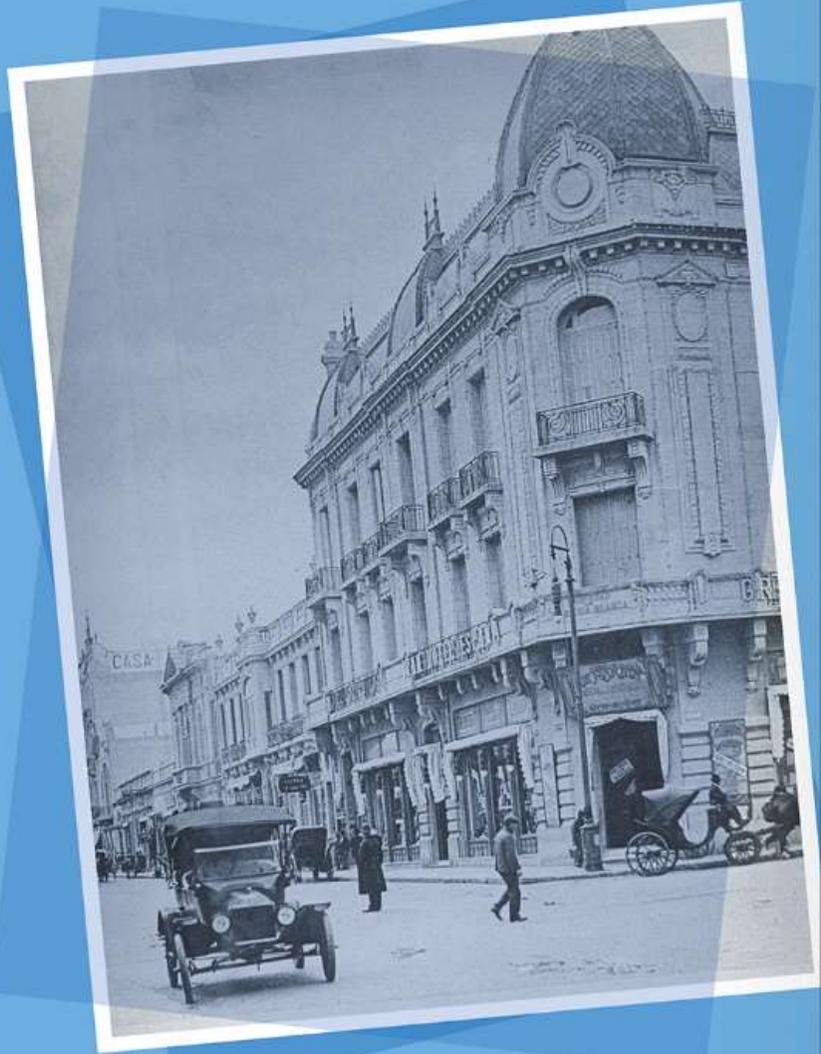
• Se establece la primera Comi-

sión Municipal, en 1914.

• El 1º de junio de 1917, la Legislatura de la provincia de Jujuy declara a La Quiaca capital del departamento de Yavi.

• El 9 de diciembre de 1945 se establece, en instalaciones que pertenecían a una unidad del ejército, el Escuadrón 21 "La Quiaca" de Gendarmería Nacional.

Bahía Blanca



De las boticas del territorio indígena al desarrollo de la gran ciudad

Como muchas otras, la historia de la actividad farmacéutica en Bahía Blanca está cruzada por vacíos, ausencias y contradicciones, especialmente en lo relacionado con los primeros años de esa población surgida como avanzada contra el indio. Luego de dos intentos frustrados en 1824 y 1827, el 11 de abril de 1828 arribaron al lugar los primeros integrantes de la misión militar que encabezaba el coronel



Bahía Blanca en 1935. La imagen corresponde a la avenida Alvear, hacia el parque de Mayo (Archivo General de La Nación).

Ramón Estomba y que dieron inicio a la llamada Fortaleza Protectora Argentina. La expedición de Estomba había hecho base en el fuerte Independencia, en Tandil, y desde allí, tras dos días de penosa marcha, arribó al lugar para dar punto de partida a la construcción del nuevo fuerte, que demandó cuatro meses. La iniciativa estaba impulsada por dos necesidades primordiales: proteger las

costas patagónicas de las invasiones brasileñas, cuya flota había intentado dos años antes desembarcar en Carmen de Patagones, y al mismo tiempo cercar el gran espacio que existía entre Sierra de la Ventana y el mar, para impedir el traslado de ganado que efectuaban los indios hacia Chile. La empobrecida guarnición tuvo que enfrentarse rápidamente a diversos hostigamientos militares, el prime-

ro de ellos comandado por Pablo Pincheira, un famoso cuatrero y asaltante chileno que había apoyado la posición realista durante la lucha por la independencia de Chile y que contaba con fuerzas indígenas aliadas, mientras que la defensa era comandada por el capitán Juan de Dios Montero y los nativos que respondían al cacique Venancio Coñoepán, un mapuche chileno que más tarde sería nombrado te-

niente coronel del Ejército Argentino.

Los primeros atisbos del futuro pueblo comenzarían a establecerse recién dos años más tarde de la instalación del fuerte, con la demarcación de las primeras calles aledañas a la fortaleza, la designación del primer juez de paz, en 1834, y en 1836, la inauguración de la primera iglesia, puesta bajo la advocación de Nuestra Señora de

la Merced, redentora de los cautivos cristianos.

Por entonces, la escasez de mujeres era un tema de auténtica preocupación y factor de no pocas rencillas en la población masculina. Para calmar sus angustias, era frecuente que algunos intrépidos organizaran misiones de rescate de mujeres blancas cautivas de los indios, y de paso aprovechaban la redada para llevarse a algu-

nas nativas, más para satisfacción propia que para redimir las. Contrariamente a lo que podría pensarse, a las mujeres recuperadas no se las consideraba mancilladas por su pasado y rápidamente podían recuperar la honra a través del matrimonio, que celebraba el cura vicario de la villa, el sacerdote italiano José Nicolás Aquarone.

El cura, recién llegado de su patria, tenía ostensibles

dificultades con el castellano, tal como quedó plasmado en los registros eclesiásticos que llevan su firma. Vayan a modo de anécdotas dos inscripciones de bautismos celebrados por el padre Aquarone, el 12 de febrero y el 5 de mayo de 1838, que transcribimos textualmente:

"Yo Cura bautizó una china que es en poder del Señor Mayor Leyra, Comandante del Fortino del Río Colorado, de la edad como parece de años 20 ó acerca, de color trigueño, de padres indios Borrogas, por nombre Isidora: á quien, después de aver sido catechizada bien de creer lo que insepna la santa madre Iglesia católica, y de vivir como buena cristiana, y quando sea la ocasión de no vivir con hombre sin acasarse por la Iglesia en advenidero, lo que prometió solennemente adelante del sagrado altar, jurando los dos padrinos que creían su prometimiento sincero, leal sin trompeaza, nel sagrado Bautismo se puso nombre Isidora Iturra. Lo dichos padreinos fueron el señor Mayor Don Francisco Iturra



Histórica imagen de la esquina de Chiclana y Colón.

y su mujer legitima la Señora Donna Juana Seguel..."

"yo el Cura infrascripto bautizó solennemente en esta Iglesia parroquial de Na. Sra. De Mercedes de Bahía Blanca un chiquito, de color trigueño ó morenito como pardito, porque no puede bien distinguirlo, hijo del moreno Francisco Muño y soldado del cuadro y de una china de tribu Ranquel, nombrada Rosa Muñoz, todavía amigos, á quien se puso nombre

Felipe. Padrinos fueron Felipe Mateo soldado y Maria Marcelina Otrera..."

Como puede deducirse, la población era absolutamente heterogénea e incluía a una nutrida cantidad de negros, algunos de los cuales eran ex prisioneros brasileños que al finalizar la guerra contra el imperio habían aceptado quedarse en el Río de la Plata, y a ex esclavos africanos: la lista incluía, por ejemplo, a 6 guineanos, un



La misma esquina de Chiclana y Colón, décadas más tarde.

mauritano, 3 congoleños, un mozambiqueño y otros cinco africanos sin detalles de su origen. Seguramente en aquella coexistencia de expedicionarios y nativos, muchas veces inestable, deban rastrearse los primeros tratamientos, curaciones y medicamentos que tendrían lugar en el nuevo poblado.

Las condiciones de vida en la fortaleza eran de extrema dureza. Y seguirían siendo durante décadas.

A mediados del siglo XIX, todo el sur bonaerense, aislado en la inmensidad de la pampa, vivía bajo la amenaza del indómito Juan Calfucurá y las escasas diligencias llegadas a Bahía Blanca debían ir escoltadas por una división militar. En ese contexto, la provisión de insumos era siempre insuficiente y tardía. Algunos pocos productos podían encontrarse en la pulpería de un tal Francisco Acosta, que además organizaba riñas

de gallos, partidas de naipes y carreras cuadreras.

Un año que sería clave en la historia de la región es 1856, cuando arriban por vía marítima los integrantes de la Legión Agrícola Militar Italiana, un cuerpo integrado por 352 soldados y campesinos mayoritariamente italianos bajo el mando del coronel Silvano Olivieri, militar italiano que se había visto obligado al exilio tras su participación en la fallida revolución

nacionalista de Roma contra las fuerzas del Papa.

La misión que comandaba Olivieri había sido ideada por el gobierno bonaerense, que pretendía establecer colonias militarizadas para proteger sus fronteras. El área de Bahía Blanca fue la primera elegida: una fuerza militar en ese punto reforzaría por un lado Bahía Blanca, amenazada por Cañadón y cuya capacidad defensiva había disminuido notablemente, y por otro apoyaría las fuerzas del centro de la línea de frontera acantonadas en Azul, amenazando el flanco de las tribus indias. Cuando el primer contingente de la Legión llegó a Bahía Blanca fue recibido entusiastamente por los escasos pobladores de la fortaleza, pero lejos de tratarse del punto de partida de una etapa de crecimiento de la colonia, llevó al lugar nuevos e inesperados padecimientos. Algunos expedicionarios padecían de cólera, y su desembarco extendió la enfermedad, convirtiendo a Bahía Blanca en la puerta de acceso de la primera epidemia del

mal que se registró en el país.

Se supone que el portador del germen cólerico fue uno de los buques encargados de transportar la Legión Agrícola Militar, dado que había realizado recientemente un viaje a la India, que en ese momento se encontraba afectada por el terrible mal.

Según relata Félix Weinberg en su *Historia del sudoeste bonaerense*, en esa época, la escasa edificación de Bahía Blanca se amontonaba alrededor de la plaza, que de noche servía de corral para los animales. A una cuadra de distancia estaba el cementerio y luego la trinchera o zanja que servía para protegerla de los indios. En ese estrecho recinto se desarrolló la epidemia, favorecida por condiciones meteorológicas propicias. Dice Weinberg: *"Si añadimos a esto la ignorancia propia de la época, la miseria de la tropa y la falta de remedios, o mejor dicho la carencia total de los elementos necesarios para la atención de los enfermos, nos podremos formar*



Farmacia del Pueblo, en Brown y O'Higgins.

una idea de la situación desesperante que creó la enfermedad.

"El tratamiento aplicado a los afectados consistió, de acuerdo con los conocimientos de la época, en bebidas calmantes para atenuar la sed, baños, fricciones estimulantes y aun sangrías. Es lógico

suponer que con tales remedios los resultados obtenidos no podrían dejar de ser desastrosos y la mortalidad considerable.

"Para darse una idea de la importancia de la epidemia que invadió la pequeña población, baste con saber que hubo necesidad de habilitar un nuevo cementerio

y que los muertos eran sacados a montones en un carro que antes sirviera para transportar las provisiones del fuerte."

No se sabe con certeza la mortalidad causada por aquella primera epidemia de cólera, pero se estima que redujo la población, de un millar de habitantes, a la mitad.

Primeros boticarios

Curiosamente, la misma embarcación que llevó la enfermedad a Bahía Blanca también transportaba a quien sería una figura muy destacada de la actividad farmacéutica en el país: el sargento boticario Carlos Imperiale.

En esos días de incertidumbre y dolor, se adoptaron las medidas profilácticas recomendadas por los doctores Sixto Laspiur y Aquiles Ducatel, quienes formaron un grupo de asistencia sanitaria con el doctor Francisco Giunta, el practicante de medicina Luis Ghisi y el boticario Imperiale. Laspiur y Ducatel integraban la dotación del fuerte, mientras que los otros tres sanitarios formaban parte de la Legión. Por entonces, los magros botiquines militares de campaña apenas contenían cremor tártaro en polvo, ruibarbo, jalapa, aloes, quina, valeriana, bálsamo anodino, elixir de Whytt -una tintura de quina utilizada como tónico estomacal- y el astringente opiáceo que en aquellos tiempos constituía el *sumum* de la ciencia farmacéutica. Además, se recomendaba la toma de infusiones hechas con las hojas de la jarilla, un arbusto nativo del que también se extraían medicamentos para caballos y mulas.

De Ducatel no se sabe demasiado, pero se cree que habría nacido en los

Estados Unidos y es nombrado indistintamente en diversos documentos consultados como curandero, boticario o médico.

Aunque no hay certezas al respecto, es posible que la primera botica instalada en Bahía Blanca, en la década de 1860, haya sido obra de Imperiale o bien de Ducatel. El primero es citado en el libro *Los españoles en Bahía Blanca*, de José Guardiola Plubins, historiador bahiense que le atribuye a Imperiale la instalación, en fecha no precisada, de la primera botica del pueblo, que ubica en Zelarrayán 337, entre 19 de Mayo y 11 de Abril, en el predio que actualmente ocupa el Instituto Sarmiento. Lamentablemente, Guardiola Plubins no cita en su libro ninguna fuente documental que confirme el dato. El farmacéutico Ricardo Matonti, quien desde hace años viene investigando con rigurosidad la historia de la actividad en la región y que ha sido una generosa fuente de consulta para esta investigación, sostiene que no ha hallado hasta ahora documentación alguna que

confirme que Imperiale haya tenido la primera botica en Bahía Blanca, lo cual, por supuesto, no contradice necesariamente la afirmación de Guardiola Plubins. Un dato que sí está documentado es la solicitud de Imperiale a las autoridades militares para instalar una botica que atendiera las necesidades del fuerte y de la población civil, pedido que resultó denegado en julio de 1857.

En la esquina de 19 de Mayo y Zelarrayán, muy próxima al lugar en el que Guardiola Plubins sitúa la botica de Imperiale, funcionaba una pulpería en la que, además de bebidas alcohólicas, se molía el grano y llegaron a despacharse artículos de tienda, de ferretería, de tocador y de botica, con los medicamentos indispensables y básicos para primeros auxilios, según consigna Pedro Luis Cereseto en su libro *Historia de pulperías*. La pulpería era atendida por una mujer, Juana Següel, que había sido cautiva de los aborígenes, una chilena bellísima que terminaría casándose con el militar Francisco Iturra,



Construcción de la farmacia Española, un prodigio arquitectónico.

quien oficiaba como lenguaraz con los indios. La pulpería era un lugar de encuentro interétnico, que vendía aguardiente a los aborígenes y tenía el monopolio de la compra de cueros. Estos negocios le posibilitaron al matrimonio diversificar sus inversiones y dedicarse luego a la producción agropecuaria.

En cuanto a Imperiale, al año de su arribo a Bahía

Blanca abandonó la Legión Agrícola Militar y se casó con Gertrudis Quintana, por entonces de 15 años e hija del legendario capitán José Quintana, que en algún momento fue jefe provisional de la Fortaleza Protectora Argentina. Es posible rastrear la presencia de Imperiale en Bahía Blanca hasta 1862, tras lo cual desarrollará una destacada actividad en la ciudad de Buenos

Aires, donde instalará botica y ejercerá la docencia, siendo el primer profesor de historia natural en la Escuela de Farmacia de Buenos Aires, en 1863, y luego profesor de Farmacología, desde 1864 hasta 1874, en que se retiró a Montevideo.

En el caso de Ducatel, figura con botica en Bahía Blanca en la lista de residentes extranjeros en Buenos Aires *The River Plate Handbook for 1863*, de M.G. y E.T. Mulhall. Fuera de esa cita, ninguna otra documentación consultada lo menciona desarrollando la actividad. Al parecer, Ducatel dejó su vida en otra epidemia de cólera que azotó a Bahía Blanca, en 1886-1887.

A comienzos de la década de 1870, el censo provincial muestra una Bahía Blanca con 2213 habitantes argentinos y 988 extranjeros, contabilizando a los pobladores de la zona urbana y áreas rurales. En cuanto a la fisonomía ciudadana, comienzan a percibirse algunos cambios y pese a que están registradas 472 familias, las



La Droguería Inglesa hacia 1905 (Archivo Histórico Municipal de Bahía Blanca).

viviendas son aproximadamente 600, muchas de ellas, obviamente, sin ocupantes.

En materia comercial, se registran 58 negocios, entre ellos 36 almacenes, dos hoteles, cinco fondas, cuatro bodegones, un café, una botica y una pulpería. Curiosamente, no había salones de billares, por entonces muy populares en el país. ¿Cuál era la botica censada? Presumiblemente, la de Ducatel, si nos atenemos a la referencia que da de él el almanaque de los hermanos Mulhall citado anteriormente.

Las condiciones de vida en esa década de 1870 pueden vislumbrarse con los datos estadísticos relativos a la mortalidad del pueblo. En ese período murieron 590 personas, de las cuales 287 eran niños, 46 resultaron asesinados en diversos incidentes, 27 por "muerte súbita", 18 en manos de los indios y 2 fueron fusilados.

Tras aquellos inciertos pasos iniciales de la actividad farmacéutica, no quedan dudas de que la siguiente botica fue la que

había instalado el ciudadano español Joaquín Vázquez, en 1878. La botica de Vázquez fue la primera que proveyó de específicos a la Sociedad Española de Socorros Mutuos. Vázquez era, al parecer, un idóneo solvente en la actividad, pero no estaba titulado. Por documentos que cita el historiador Carlos Funes Derieul, se sabe que Vázquez fue conminado por las autoridades municipales a incorporar en su establecimiento a un farmacéutico titulado, razón por la cual contrató a Juan M. Casetta, quien terminaría como propietario, dado que en 1884 está consignada la venta de la botica, denominada Del Pueblo, de Zelarrayán 15, al farmacéutico Juan Bianchi. En noviembre de ese mismo año, se registran actuaciones a raíz de un caso de envenenamiento por un medicamento que contenía morfina y al año siguiente, la botica ya giraba con la denominación de Italiana y se había trasladado a Zelarrayán 80. Tras la muerte de Bianchi, sus herederos la transfirieron, en 1902, a Andrés Berardi,

a quien luego lo sucedió su hijo, el farmacéutico Enrique Berardi. Con más de 130 años a cuestas, esta es la farmacia más antigua en actividad. Actualmente, gira bajo el nombre de farmacia Monteros, en un local de Zelarrayán 126. La botica fue regenteada, después de los Berardi, por Obdulio Biso, quien murió en un accidente; Ernesto Tivirovsky -quien permaneció en ella a lo largo de dos décadas-, y desde 1992 por Miguel Monteros, farmacéutico bahiense recibido ese año en la Universidad de San Luis.

El establecimiento más completo y organizado del ramo en aquellos tiempos iniciales fue la Farmacia Francesa de Aristides Tardieu, instalada en Chiclana 37, local que luego ocuparía el célebre bar La Cosechera y más tarde el restaurante La Cabaña.

La presencia de la botica de Tardieu en Bahía Blanca consta en 1884 y se prolongó hasta 1905, año en el que falleció. Desde 1893 y hasta su muerte,

Tardieu, quien se presentaba como farmacéutico de las facultades de Buenos Aires y París, también fue representante consular de Francia en Bahía Blanca. Hombre de variadas inquietudes, participó además en la fundación de la Sociedad Rural local, en 1894.

Pero volvamos a 1884. En aquel año, aparecerá en la ciudad un establecimiento modelo, "El molino de viento", propiedad de una sociedad integrada por Zenón González, Pérdiz y Berlingot, que a la luz de un aviso publicado entonces también despachó medicamentos. En efecto, los empresarios anunciaban en el periódico *El Reporter* del 16 de mayo de ese año la próxima apertura de esa importante casa de comercio en Chiclana y Brandsen, que ofrecería una variedad enorme de productos y servicios: artículos de almacén, ferretería, peletería, galvano-platería, confitería, droguería, cancha de bochas, carnicería, zapatería, mercería, talabartería, salchichería y perfumería, un verdadero "shopping" del siglo XIX.

Otras farmacias que iniciaron sus actividades antes de entrar en el siglo XX y que marcaron decididamente el desarrollo de la actividad profesional en Bahía Blanca fueron la Droguería y Farmacia Inglesa, de Tomás Rodríguez y Cia., establecida en



Frente de la farmacia de Butta y Arata.

1895 en San Martín 284; la del León, de José Mastro-paolo, abierta en 1886 en la calle San Martín; la Española, de Juan Domínguez, fundada en 1896 en San Martín 73, y la del Mercado (hoy, Carabelli), de Gimbatti y Trongé, en 1898.

Esa década de la aparición de esas farmacias pioneras coincide con un pueblo que comenzaba a asomarse decididamente al progreso y daba punto inicial al adoquinado de sus primeras calles, así como a la numeración de los edificios, por los que la Municipalidad cobró a los vecinos un peso por cada número. El tramo inicial de la licitación para el adoquinado de las calles alcanzó a 50 cuadras, la mitad de lo previsto.

Pero a la luz de los resultados obtenidos posteriormente en sucesivos planes de adoquinado, la obra inicial fue sin dudas la de mejor calidad.

La Droguería y Farmacia Inglesa fue establecida por Tomás Rodríguez en San Martín 284, en 1895, en sociedad con el farmacéutico José Zito, quien oficiaba como regente de la firma. En poco menos de un lustro, este establecimiento logró ser considerado uno de los más importantes de la provincia y además de proveer de drogas y medicamentos, ofrecía artículos de veteri-



Postal de la Farmacia Central, hacia 1905 (Archivo Histórico Municipal de Bahía Blanca).

na y perfumería, instrumentos de óptica, ortopedia, cirugía y fotografía, además de la droguería industrial. Gran parte de sus productos los importaba la propia firma desde Alemania, de donde también procedía parte de la frasería que adornaba sus estantes. En 1907, la empresa fue adquirida por la afamada droguería La Estrella, lo que le dio mayor impulso a su crecimiento e hizo necesario contar con un local más adecuado, para lo cual los propietarios de la sociedad hicieron construir un edifi-

cio, de dos plantas, en San Martín y Brandsen, que terminaría siendo destinado exclusivamente a la sección droguería, mientras que la farmacia pasaría a funcionar en Chiclana 120. En 1910, en esa dirección, la farmacia insignia de Química La Estrella será la de Londres, nombre que mantendrá hasta 1922, en que a raíz del cambio de propietarios pasaría a denominarse Güemes. En 1928, el establecimiento fue adquirido por el doctor Julio Simón, que de inmediato la denominó con su apellido. Simón, que era

farmacéutico y doctor en bioquímica, se había graduado en la Universidad de Buenos Aires y antes de trasladarse a Bahía Blanca había sido ayudante de farmacia en el Hospital de Clínicas y también en el laboratorio central del Hospital Centenario, de Rosario. La próspera farmacia Simón era atendida por su dueño, el idóneo Lorenzo Marcos, quien era empleado de la casa desde su fundación, y los empleados Hermenegildo y Eduardo Reggiani, Olindo Cianci y José Nieto, además de tres repartidores.



La Farmacia Española, en su primer emplazamiento.

Respecto de otro de los farmacéuticos pioneros, José Mastropaolo, a él le cupo el honor de integrar la primera camada de farmacéuticos diplomados en la escuela de Córdoba, en 1883. Inicialmente, desempeñó la profesión en la ciudad de Azul, donde el 15 de enero de 1886 publica un aviso en el diario La Enseña Liberal en el que anuncia el traslado de su farmacia a Bahía Blanca y otrece "a los que tengan cuentas a cobrar a la casa, que pasen en la semana corriente". La mudanza de la botica se hizo rápidamente, si nos atenemos al

aviso que publica dos semanas más tarde en el diario El Porteño, de Bahía Blanca, en el que figura a cargo de la Nueva Farmacia del León, ubicada en calle San Martín, a media cuadra de la plaza, y en el que anuncia que atendería de día y de noche, con "prontitud, mucho aseo y modicidad en los precios". No obstante esa documentación, el historiador José Guardiola Plubins, que le reconoce a Mastropaolo la condición de pionero en la actividad farmacéutica local, lo sitúa en otra dirección (Estomba 35), de lo que se podría inferir que el



Abanico de propaganda de la Farmacia Italo-Argentina.

boticario, tras sus pasos iniciales en la calle San Martín, habría trasladado luego su oficina, de la que no hemos hallado prueba documental, o que se trate de un error del historiador. Hacia la década de 1930, aparecerá regenteando esta farmacia Antonio Sánchez, con ubicación en San Martín y Lavalle.

Otra de las farmacias de fines del siglo XIX es la denominada Franco Inglesa, que instala el idóneo francés Leopoldo Loumagne en O'Higgins 170, frente al mercado. Previamente a su llegada a Bahía Blanca, Loumagne había establecido botica, durante breve lapso, en la localidad de General Pinto. En e-

fecto, consta que en febrero de 1896 los idóneos Rafael Arangue y Loumagne habían solicitado autorización al Consejo Superior de Higiene para instalar sus respectivos locales de botica, pero en vista de que resultaba innecesario contar con dos locales del mismo rubro en el pueblo, las autoridades se inclinaron por concederle permiso al francés, que poco después encontraremos desarrollando la actividad en Bahía Blanca, inicialmente solo y luego en sociedad con Vicente Caviglia. Por un aviso publicado en 1902 sabemos que Loumagne garantizaba un descuento del 50% a los pobres y se ofrecía a proveer de botiquines a las estancias, almacenes o establecimientos de la campaña. Aunque inicialmente la botica se denominó Franco Inglesa, era conocida popularmente como la Botica del Mercado, denominación que adoptó más adelante, aunque en manos de la sociedad integrada por Caviglia, Butta y Arata.

Años más tarde, en 1907, Butta y Arata dejarían su

sociedad con Caviglia, que siguió regenteando la Botica del Mercado, para instalar, en O'Higgins 38, la Farmacia del Pueblo, nombre que había dejado vacante la vieja botica del español Vázquez pero que no tiene relación con ella. Máximo Butta era un farmacéutico entrerriano que se había graduado en la Universidad de Buenos Aires en 1903 y que llegó a ser jefe de la Oficina Química de Bahía Blanca. En cuanto a Roberto Arata, permanecerá muy poco tiempo en sociedad con Butta, quien, por su parte, dejará Bahía Blanca hacia 1918, año en que aparece radicado en el partido de Saavedra. La Farmacia del Pueblo conoció al menos cuatro direcciones: O'Higgins 29, O'Higgins 38, O'Higgins 85 y más tarde, ya en manos del farmacéutico Rafael Guitart Bonnet, pasa a la ubicación actual de O'Higgins y Brown. En Villa Harding Green, un singular y muy atractivo barrio de Bahía Blanca, Butta ocupó una casona donde también instaló farmacia, en la calle Patrio Castro 3300, según consta en una referencia



Los avisos datan de 1917, 1902, 1897 y 1900.

histórica puesta por la Municipalidad local. En esa botica fue instalado el primer teléfono público del barrio.

En cuanto a la antigua Botica del Mercado, quedó bajo la propiedad de Aquiles Carabelli en enero de 1928. La operación fue uno de los episodios sonados de la época, dado que el farmacéutico pagó por el negocio una suma extraordinaria: 1.210.000 francos, equivalentes a 112.000 pesos. La operación se hizo en moneda francesa, dado que la vendedora, Luisa Bertonceni viuda de Dullin, residía en París, razón por la cual fue representada en la operación

por el banco Francés del Río de la Plata. Carabelli ejerció también la docencia en el Colegio Nacional y en la Escuela Normal Mixta, fue intendente de Bahía Blanca en 1918-1919 y en 1926 y un destacado dirigente del radicalismo local. Falleció el 1º de julio de 1957, pero su vieja farmacia sigue en funcionamiento, en la esquina de Mitre y Rodríguez, bajo la denominación de Farmacia Carabelli. Actualmente, es propiedad de la sociedad integrada por Marta Mirena y el farmacéutico Mauricio Kessler, quienes tuvieron como predecesores a los farmacéuticos Rosalía Echarte y Mauricio Bortnik.



Varias farmacias centenarias

Bahía Blanca tiene la particularidad de contar con varias farmacias centenarias. Una de las más destacadas es la Española, fundada en 1896 por Juan Domínguez en San Martín 73, aunque en numerosas publicaciones bahienses se le atribuye la instalación del comercio al farmacéutico Primitivo Ferrández, que en realidad fue su segundo propietario. Posiblemente la confusión provenga del hecho de que Domínguez no permaneció mucho tiempo en la ciudad, mientras que Ferrández y luego su hijo Francisco la atendieron por largos años. Además de los productos farmacéuticos, la botica expendía artículos de ortopedia y de perfumería. Inicialmente, su local estaba en San Martín 223 y era atendido por su dueño y varios empleados. Según consigna un aviso publicado en el diario Bahía Blanca de abril de 1906, la botica también ofrecía artículos de fotografía y de óptica y despachaba medicamentos al por mayor, presumi-



Tienda departamental Gath & Chaves

blemente para abastecer a otras boticas de la región. Al año siguiente, se anunciaba también como casa importadora. Fotografías anteriores a 1928, año en que se inició la construcción de la nueva botica, permiten observar que el local que ocupaba en San Martín 223 en algún momento fue ampliado, tomando parte de la vivienda vecina. En 1928, se incorporó a la firma el laboratorio de análisis a cargo del doctor Francisco Ferrán-

dez, hijo de don Primitivo. Francisco se había graduado de doctor en Química y Biología en la Facultad de Medicina de la UBA en 1926 y luego de hacer una práctica en la capital, se instaló en ese laboratorio que funcionaba como anexo de la farmacia. Esto le permitió a la botica Española ampliar la oferta de sus servicios y multiplicar sus actividades comerciales. El creciente desarrollo de la firma les facilitó el traslado a un local

propio, que se levantó muy cerca del emplazamiento original, en la esquina de San Martín y Las Heras. La obra la realizó el arquitecto Enrique Cabré Moré y los trabajos comenzaron a mediados de 1928. El nuevo edificio fue inaugurado el 11 de abril de 1929. Al edificio, de inconfundibles reminiscencias de la España morisca, se accede por la ochava a través de tres arcos de medio punto que descansan en dos columnas salomónicas centrales.

El frente del bellissimo edificio, de dos plantas, está ornamentado con destacados trabajos de herrería. Y en la planta superior puede observarse un despojado pero hermoso reloj de sol. En el interior, se ve un importante trabajo de rejería y azulejado, en el que no falta el clásico cuadro de una virgen sevillana ni la decoración alusiva a los ancestros árabes.

Después de Francisco Ferrández, la farmacia conoció a diversos propietarios, entre ellos los farmacéuticos Eduardo Herrera, Laura Giufré y, actualmente, Lucio Bray.

Otra de las farmacias muy recordada por los viejos pobladores bahienses es la farmacia El Cóndor, establecida en 1926. En esa botica figura la primera mujer que ejerció la actividad en la ciudad: la farmacéutica Nélida Pángaro. Con ella, y en calidad de gerente general, se desempeñó el idóneo español Cayo Tejero, hombre con vastísima experiencia en el oficio. Tejero nació en Vera de Moncayo, Aragón. Estudió dos años Farma-

cia en la Universidad de Barcelona y luego trabajó en esa ciudad durante 11 años. Más tarde se embarcó en el vapor Umbría, que lo trajo a la Argentina en 1906. Durante dos años trabajó como idóneo en la farmacia Santa Marta, de la Capital Federal, y en 1908, ya trasladado a Bahía Blanca, se empleó como idóneo en la farmacia de Caviglia y Carabelli Hnos. Luego se trasladó a Allen y durante otros dos años fue idóneo en una farmacia de esa ciudad. De regreso a Bahía Blanca se empleó en la Farmacia Central durante 14 años, hasta que se hizo cargo de la gerencia de la farmacia El Cóndor, establecimiento que ofrecía también artículos de perfumería.

AVISO Pongo en conocimiento del público, que he vendido a Don Juan Bianchi, mi farmacia denominada «BOTICA DEL PUEBLO», sita en la calle de Zelarayan N° 15.
Bahía Blanca, S.º de 1884.
83-76 Juan Caletta.



Avisos de 1884.

Como testigo de otros tiempos, en la esquina de Almirante Brown y Fitz Roy, en el predio de estacionamiento que hoy ocupa un local de comida rápida, puede verse la cúpula de un edificio bellissimo, lamentablemente demolido, que perteneció a otra de las farmacias emblemáticas de Bahía Blanca: la Ítalo Argentina, establecida por Indalecio Ruiz en los primeros años del siglo XX y regentada luego por José Ferulano, un farmacéutico italiano que inicialmente se había instalado en General Pico (La Pampa) y cuyo crecimiento profesional le permitió extender la actividad a otras tres localidades: Meridiano Quinto (hoy, González Moreno), 25 de Mayo y Bahía Blanca. Ferulano, quien murió en 1933, era, además de un farmacéutico de enorme dedicación, un entusiasta de la caza al que se le reconocía una puntería notable, si nos atenemos a un perfil que sobre él se publicó en General Pico. La farmacia funcionaba en Brown 257, pero en la década de 1930 se trasladó a la emblemáti-

ca esquina. Por entonces, la directora técnica del establecimiento era la farmacéutica María Ramos de Sansón.

Gracias a documentación reunida por su actual propietario, Adalberto Condisciani, quien atesora muchos de los artículos de la botica de antaño, en 1944 la farmacéutica citada vendió su parte al farmacéutico Salvador Hernández, quien permaneció al frente del local hasta 1953, en que vendió al farmacéutico Eduardo Tira. Con la trágica muerte de Tira en un accidente automovilístico, sus herederos le concedieron dirección técnica al bioquímico Niels Suldrup. A este último lo sucedió, en 1969, la farmacéutica Nélida Pacenza de Miranda y al año siguiente, la farmacéutica María Susana Olmedo de Balbi, quien se apartaría de la sociedad en 1973.

Otras farmacias que hicieron historia en la ciudad pueden rastrearse a través de las diversas guías comerciales existentes.

Por ejemplo, en 1905, figuran en la revista del Centro

Comercial de Bahía Blanca, además de las citadas previamente, la farmacia Central, del doctor Alejandro Hoffman, en Chiclana esquina Belgrano, que probablemente haya abierto ese mismo año.

Otra fuente documental, la Guía Kraft de 1910, permite encontrar nuevos establecimientos en su listado de farmacias y droguerías: Avanza y Lucero, en O'Higgins esquina Italia; Miguel Cabello, en San Martín 82, la misma dirección en la que figura José Lito; Adolfo Robotti (farmacia del Águila), en Estomba y 11 de Abril, y Verone y Pérez Cesio, en Sixto Laspiur 567.

Otros nombres registrados en guías comerciales son los de Luro Grisetti, en Laspiur 567, y Agustín Onetto, en San Martín 578, que figuran en la Guía Arias de 1913.

Por la Guía Ducós de 1917, se puede registrar la existencia de las farmacias Pacífico, de Marcelino Anibal Otharán, en Atacama y Sixto Laspiur; Galeno, en Saavedra y Donado, y Pasteur, en Alsina 112.

Otras historias

Dos estilos diferentes

De la larga lista de arquitectos lombardos que actuaron en Buenos Aires durante los primeros decenios del siglo XX, Virginio Colombo, nacido en Milán en 1885, es uno de los protagonistas más activos y originales. Entre sus obras se cuentan los edificios para dos importantes farmacias de la ciudad.

La Farmacia del Capitolio, en Av. Córdoba 2554, fue un exponente de su primera etapa, en la que el arquitecto se acercó al modernismo y tomó elementos del art nouveau italiano. En cambio, la Farmacia Podestá, en Estados Unidos y Santiago del Estero, pertenece a otro momento de su producción y en ella se manifestó claramente su aproximación al estilo medieval.

Otharán era un profesional oriundo del pueblo de 25 de Mayo, en el que su padre había sido intendente. Tanto Marcelino como su hermano Carlos siguieron la carrera de Farmacia. Carlos se instaló en Cruz del Eje, Córdoba, mientras que Marcelino desarrolló la profesión en Bahía Blanca. Por recuerdos de sus familiares, sabemos que Marcelino tenía el hábito de mantener la farmacia abierta para todos y no solo para quienes necesitaran de sus servicios profesionales y que al mediodía, cuando cerraba, era común que farmacéutico, empleados y visitantes se quedaran departiendo con un vermouth de por medio. Otro recuerdo que describe la calidad personal de Otharán es su vocación por los trabajos comunitarios y sociales y las carreras de bicicletas que organizaba para los niños del barrio. El 9 de julio de 1960, Otharán fue asesinado en un asalto que conmocionó a la población bahiense, razón por la cual fue sucedido por su hijo, Jorge, hasta 1977, año en que vendió la farmacia, que más tarde se tras-

ladó a Almafuerie al 300 con la denominación de farmacia López.

Hacia la década de 1930 aparecen en la *Guía Comercial de Bahía Blanca* nuevos establecimientos, tales como las farmacias Cenoz, de Santos Cenoz, en Chiclana 264; Di Lorenzo, de Francisco Di Lorenzo, en Zelarrayán 430; Doce, de Ramón Doce, en Alsina y Lamadrid; Orbea, de Alejandro Orbea, en Colón y Viamonte; Bahía Blanca, de Ludovico Palloni, en Sixto Laspiur y Ruca; Rivas, de Anatol G. Rivas, en Vieytes y Roca; Estomba, de Moreno Tobalo, en Estomba 215, y Rodríguez, en Brown 217.

En la década de 1950 estaban A. Barsellini, en Chiclana 450; José Carrera, en Zelarrayán 382; Eduardo Cantón, en Darwin 410; F. M. de Glasman, en Viamonte 400 y Roca 401; Constantino González Arnaldi, en Berutti 101; Abraham Grúman, en Falucho 293; Bernardo Heguilén, en Chiclana 180; Godofredo Luchetti, en Rivadavia 1501; Adela Apella de Mujica, en Thompson

198; Raimundo Piqué, en Estomba 102; Victoria A. de Pirchic, en Almafuerie 811; Amador Rodríguez, en Chiclana 137; Anibal Sosa, en Av. Alem 201; A. Troncoso, en Alsina 110; Pedro Uribe, en Saavedra 201, y Pejerto Vázquez, en Vieytes 400.

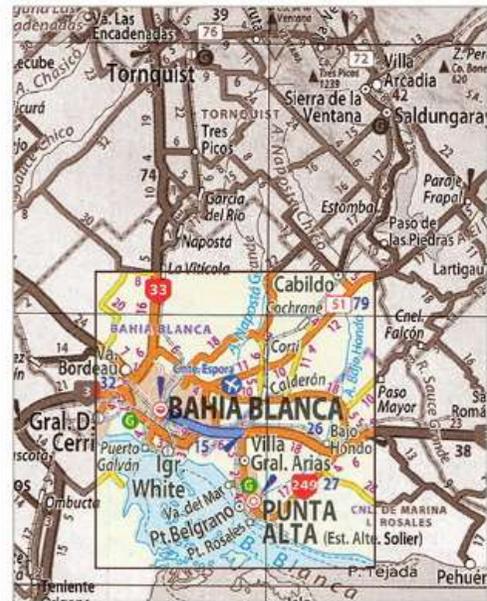
El listado, extenso pero al mismo tiempo incompleto, aporta un panorama del desarrollo de la actividad farmacéutica. El legado de aquellos pioneros, que ejercieron la actividad con enormes esfuerzos e incontables dificultades, es un ejemplo para los profesionales que años después seguirían el mismo camino.

Datos históricos

- La ciudad debe su nombre a los expedicionarios de comienzos del siglo XIX, que sumaron al accidente geográfico que la caracteriza el adjetivo "blanca", debido a que la tierra costera se ve blanquecina por el salitre que se deposita en ella.
- Luego de dos intentos frustrados en 1824 y 1827,

el 11 de abril de 1828 se instalan los primeros pobladores en la Fortaleza Protectora Argentina, origen de la ciudad de Bahía Blanca.

- En 1833, la aldea es visitada por el célebre naturalista Charles Darwin.
- En 1834, se crea el partido de Bahía Blanca, con el objeto de proteger las costas patagónicas e impedir a los indígenas el traslado de ganado hacia Chile.
- En 1836 se inaugura la primera iglesia, Nuestra Señora de la Merced, redentora de los cautivos cristianos.
- La llegada de los miembros de la Legión Agrícola Militar Italiana, en 1856, marca el comienzo de la población estable, con familias que perduran hasta hoy.
- Simultáneamente a la llegada de los legionarios, se produce la primera epidemia de cólera, que diezma la población.
- La llegada del ferrocarril del Sud en 1884 y del ferrocarril Rosario a Puerto Belgrano en 1922, que la



conectaban con Buenos Aires, Rosario y el resto del país, le da un gran impulso comercial.

- A fines del siglo XIX, surge la idea de crear una nueva provincia, de la cual Bahía Blanca sería la capital, proyecto que nunca se concretó.
- El 22 de octubre de 1895 es declarada ciudad y Terófilo Bordeau, nombrado pri-

mer intendente municipal.

- Los festejos del centenario, en 1928 incluyen la construcción de obras emblemáticas de la ciudad, como el Palacio de Tribunales, la fuente de los Ingleses, el monumento de la Colectividad Israelita en la plaza Rivadavia y el de los Fundadores en el Parque de Mayo.
- En 1956 se crea la Universidad Nacional del Sur.

Bibliografía:

ABÁN, Leonardo; La Quiaca: su origen y su marcha histórica; Imprenta de Jujuy; San Salvador de Jujuy; 1982.

Álbum de Ingeniero White; Bahía Blanca; 1928.

Anuario Kraft: gran guía general de la República Argentina; G. Kraft; Buenos Aires; 1910.

Anuario Kraft: gran guía general de la República Argentina; G. Kraft; Buenos Aires; 1949.

BIDONDO, Emilio A.; Historia de Jujuy; Plus Ultra; Buenos Aires; julio 1980.

BUSTOS, G. (editor), Guía General de la Provincia de Jujuy, 1901.

CEBALLOS, R.; En Jujuy comienza la patria; Edición del autor; San Salvador de Jujuy; abril 2001.

CERESETO, Pedro Luis; Historia de pulperías; Edición del autor; Tandil; 1981.

CERNADAS DE BULNES, Mabel N. (comp.); Bahía Blanca de ayer y de hoy; Universidad Nacional del Sur; Bahía Blanca; 1991.

CIGNOLI, Francisco; Historia de la farmacia argentina; Librería y editorial Ruiz; Rosario; abril 1953.

DE LUCÍA, Conrado; Libro del centenario de los bomberos voluntarios de Ingeniero White; www.terapiatanguera.com.ar.

Edición del sesquicentenario de la fundación de Bahía Blanca; La Nueva Provincia; Bahía Blanca; 1978.

GARZÓN MACEDA, Félix; Universidad Nacional de Córdoba: Historia de la Facultad de Ciencias Médicas; Imprenta de la Universidad; Córdoba; 1927.

GUARDIOLA PLUBINS, José; Historia de los españoles en Bahía Blanca; Ed. Encestando; Bahía Blanca; 1992.

Guía Comercial de Bahía Blanca; Rouquaud & Co.; Bahía Blanca; 1897.

Guía Comercial de Bahía Blanca; A. Guimaraes; Bahía Blanca; 1900.

Guía Comercial de Bahía Blanca; Emilio V. Güemes; Bahía Blanca; 1930.

Guía Ducós; Imprenta Ducós; Bahía Blanca; 1912.

Jujuy, Diccionario general; Ed. Gobierno de la Provincia de Jujuy; San Salvador de Jujuy; diciembre 1992.

Libro del centenario de Bahía Blanca 1828-1928; La Nueva Provincia; Bahía Blanca; 1928.

Los españoles en el centenario de Bahía Blanca; Heredero Clar y F. Abad Martínez Editores; Bahía Blanca; 1928.

MONTALVETTI, M.; Una larga historia, Jujuy, su gente; UNJU Editorial; Salta; diciembre 1999.

VINUALES, G. M. y ZINGONI, J. M.; Patrimonio urbano y arquitectónico de Bahía Blanca; La Nueva Provincia; Bahía Blanca; 1990.

WEINBERG, Félix (dir.); Historia del sudoeste bonaerense; Plus Ultra; Buenos Aires; 1988.

Diarios y revistas consultados:

Diario Bahía Blanca, Revista del Centro Comercial de Bahía Blanca, La Nueva Provincia (Bahía Blanca), El Reporter (Bahía Blanca), El Defensor (Bahía Blanca), Brisas (Bahía Blanca), La Juventud (Bahía Blanca), La Frustra (Bahía Blanca), El Porvenir (Bahía Blanca), La Tribuna (Bahía Blanca), El Portero (Bahía Blanca), El Eco de Bahía Blanca, Crónica (San Salvador de Jujuy), El Día (San Salvador de Jujuy), El Heraldico (San Salvador de Jujuy), El Industrial (San Salvador de Jujuy), El Varidico (San Salvador de Jujuy), La Opinión (San Salvador de Jujuy), La Unión (San Salvador de Jujuy), Vida Jujena.

Agradecimientos:

Para este trabajo hemos contado con la inestimable colaboración de: personal del Archivo General de la Nación, de la Biblioteca del Congreso, del Museo y Archivo Histórico de Bahía Blanca, de la Biblioteca Rivadavia de Bahía Blanca, del Archivo Histórico Provincial de Jujuy, del Archivo de la Legislatura de San Salvador de Jujuy, de la Biblioteca Popular de San Salvador de Jujuy, del departamento de Cultura de la Municipalidad de La Quiaca, Farm. Ricardo Matonli, Amparo Morán, Valentín Domingo Morán, Benjamin Fernández Morán, Adalberto Osvaldo Condisciani, Farm. Miguel Monteros, María Mirena, Eduardo Herrero, Lidia Perodi, Ana Luisa Dozo, Pablo de Beistegui, Farm. Lucio Bray, Leonadia Maidana, Gabriel Elbar Arriéguez, Farm. Herman Elias, Alberta Carretero, Patricia Aguirre, Farm. Roberto Salum, Juan Sajama.

¿Usted tiene datos interesantes sobre las farmacias de su pueblo? ¿Conoce historias o protagonistas? ¿Dispone de material gráfico (fotos antiguas, recetarios y otros documentos) o relatos que permitan reconstruir la historia de esta profesión? Si quiere contribuir a difundirlos, envíelos o díganos cómo podemos acceder a ellos a fundandopueblos@yahoo.com.ar. Esperamos que esas contribuciones puedan ser divulgadas en publicaciones futuras.

FUNDANDO PUEBLOS

EN HOMENAJE
A LA PROFESIÓN
FARMACÉUTICA
ARGENTINA